EL CAPITALISMO HISTÓRICO

IMMANUEL WALLERSTEIN



EL CAPITALISMO HISTORICO

por

IMMANUEL WALLERSTEIN





siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA, 248. 04310 MEXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/ PLAZA, 5. 28043 MADRID. ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO. BOGOTA. D.E. COLOMBIA

Primera edición, enero de 1988

Primera edición en inglés, 1983
Verso Editions, Londres

Título original: *Historical capitalism*

Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain
Diseño de la cubierta: El Cubri
ISBN: 84-323-0620-7
Depósito legal: M. 43.231-1987
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos de Jarama (Madrid)

INDICE

INTRODUCCION

Son muchos los libros escritos sobre el capitalismo por marxistas y otros autores de la izquierda política, pero la mayoría de ellos adolecen de uno de estos dos defectos. Los unos son básicamente análisis lógico-deductivos que parten de definiciones de lo que se piensa que es en esencia el capitalismo y examinan luego hasta qué punto se ha desarrollado éste en diversos lugares y épocas. Los segundos se centran en las presuntas grandes transformaciones del sistema capitalista a partir de un punto reciente en el tiempo, y todo el tiempo anterior sirve de contraste mitológico para considerar la realidad empírica del presente.

Lo que me parece urgente, la tarea a la que se ha consagrado en cierto sentido la totalidad de mi obra reciente, es ver el capitalismo como un sistema histórico, a lo largo de toda su historia y en su realidad concreta y única. Me he fijado, por tanto, la tarea de describir esta realidad, de delinear con precisión lo que siempre ha estado cambiando y lo que nunca ha cambiado (de tal forma que podríamos denominar la realidad entera bajo un solo nombre).

Creo, como muchos otros, que esta realidad es un todo integrado. Pero muchos de los que mantienen esta opinión la defienden en forma de un ataque a otros por su supuesto «economicismo», o su «idealismo» cultural, o su excesivo hincapié en los factores políticos y «voluntaristas». Tales críticas, casi por su propia naturaleza, tienden a caer de rebote en el vicio opuesto al que atacan. Por consiguiente, he tratado de presentar muy

claramente la realidad global integrada, tratando sucesivamente su expresión en los terrenos económico, político e ideológico-cultural.

Finalmente, permítaseme decir unas palabras sobre Karl Marx. Fue una figura monumental en la historia intelectual y política moderna. Nos ha dejado un gran legado, conceptualmente rico y moralmente inspirador. Sin embargo, deberíamos tomar en serio lo que dijo de que no era marxista, y no desecharlo como una ocurrencia.

Marx sabía, cosa que muchos de los que se dicen discípulos suyos no saben, que era un hombre del siglo XIX cuya visión estaba inevitablemente limitada por esa realidad social. Sabía, cosa que muchos no saben, que una formulación teórica sólo es comprensible y utilizable en relación con la formulación alternativa a la que aquélla ataca explícita o implícitamente, y que es totalmente irrelevante para formulaciones de otros problemas basados en otras premisas. Sabía, cosa que muchos no saben, que había una tensión en la presentación de su obra entre la exposición del capitalismo como un sistema perfecto (lo que de hecho nunca había existido históricamente) y el análisis de la realidad cotidiana concreta del mundo capitalista.

Utilicemos, pues, sus escritos del único modo sensato: como los de un compañero de lucha que sabía tanto como él sabía.

1. LA MERCANTILIZACION DE TODAS LAS COSAS: LA PRODUCCION DE CAPITAL

El capitalismo es, ante todo y sobre todo, un sistema social histórico. Para comprender sus orígenes, su funcionamiento o sus perspectivas actuales tenemos que observar su realidad. Por supuesto, podemos intentar resumir esta realidad en una serie de enunciados abstractos, pero sería absurdo utilizar tales abstracciones para juzgar y clasificar la realidad. Por tanto, en lugar de eso propongo tratar de describir cómo ha sido realmente el capitalismo en la práctica, cómo ha funcionado en cuanto sistema, por qué se ha desarrollado de la manera en que lo ha hecho y a dónde conduce en la actualidad.

La palabra capitalismo se deriva de capital. Sería lícito, pues, suponer que el capital es un elemento clave en el capitalismo. Pero, ¿qué es el capital? En una de sus acepciones, es simplemente riqueza acumulada. Pero cuando se usa en el contexto del capitalismo histórico tiene una definición más específica. No es sólo la reserva de bienes de consumo, maquinaria o derechos autorizados a cosas materiales en forma de dinero. El capital en el capitalismo histórico sigue refiriéndose por supuesto a estas acumulaciones de esfuerzos de un trabajo pasado que todavía no han sido gastados; pero si esto fuera todo, entonces se podría decir que todos los sistemas históricos, hasta el del hombre de Neanderthal, han sido capitalistas, ya que todos ellos han tenido alguna de estas reservas acumuladas que encarnaban un trabajo pasado.

Lo que distingue al sistema social histórico que llamamos capitalismo histórico es que en este sistema histórico el capital pasó a ser usado (invertido) de una forma muy especial. Pasó a ser usado con el objetivo o intento primordial de su autoexpansión. En este sistema, las acumulaciones pasadas sólo eran «capital» en la medida en que eran usadas para acumular más capital. El proceso fue sin duda complejo, e incluso sinuoso, como veremos. Pero es a ese objetivo implacable y curiosamente asocial del poseedor de capital —la acumulación de más capital—, así como a las relaciones que este poseedor de capital tenía por tanto que establecer con otras personas para conseguir ese objetivo, a los que llamamos capitalistas. Es indudable que éste no era el único propósito. En el proceso de producción intervenían otras consideraciones. Pero la cuestión es: en caso de conflicto, ¿qué consideraciones tendían a prevalecer? Siempre que, con el tiempo, fuera la acumulación de capital la que regularmente predominara sobre otros objetivos alternativos, tenemos razones para decir que estamos ante un sistema capitalista.

Un individuo o un grupo de individuos podría por supuesto decidir en cualquier momento que le gustaría invertir capital con el objetivo de adquirir más capital. Pero, antes de llegar a un determinado momento histórico, no había sido nunca fácil para tales individuos hacerlo con buenos resultados. En los sistemas anteriores, el largo y complejo sistema de la acumulación de capital se veía casi siempre bloqueado en uno u otro punto, incluso en aquellos casos en que existía su condición inicial: la propiedad, o amalgama, de una reserva de bienes no consumidos previamente en manos de unos pocos. Nuestro capitalista en potencia necesitaba siempre obtener el uso de trabajo, lo que significaba que tenía que haber

personas que pudieran ser atraídas o forzadas a trabajar. Una vez conseguidos los trabajadores y producidas las mercancías, estas mercancías tenían que ser comercializadas de alguna forma, lo que significaba que tenía que haber tanto un sistema de distribución como un grupo de compradores con medios para comprar las mercancías. Estas tenían que ser vendidas a un precio que fuera superior a los costes totales (en el punto de venta) soportados por el vendedor y, además, este margen de diferencia tenía que ser más de lo que el vendedor necesitaba para su propia subsistencia. En lenguaje moderno, tenía que haber una ganancia. El propietario de la ganancia tenía entonces que ser capaz de retenerla hasta que se diera una oportunidad razonable para invertirla, momento en que todo el proceso tenía que renovarse en el punto de producción.

En realidad, antes de llegar a los tiempos modernos, esta cadena de procesos (llamada a veces ciclo del capital) rara vez se completaba. Por un lado, muchos de los eslabones de la cadena eran considerados, en los sistemas sociales históricos anteriores, irracionales y/o inmorales por los poseedores de la autoridad política y moral. Pero aun sin la interferencia directa de aquellos que tenían el poder de interferir, el proceso se veía habitualmente frustrado por la inexistencia de uno o más elementos de proceso: reserva acumulada en forma monetaria, fuerza de trabajo destinada a ser utilizada por el productor, red de distribuidores, consumidores que fueran compradores.

Faltaban uno o más elementos porque, en los sistemas sociales históricos anteriores, uno o más de estos elementos no estaba «mercantilizado» o lo estaba insuficientemente. Esto significa que el proceso no era considerado como un proceso que pudiera o debiera realizarse a través de un «mer-

cado». El capitalismo histórico implicó, pues, una mercantilización generalizada de unos procesos —no sólo los procesos de intercambio, sino también los procesos de producción, los procesos de distribución y los procesos de inversión— que anteriormente habían sido realizados a través de medios distintos al «mercado». Y, en el curso de su intento de acumular más y más capital, los capitalistas han intentado mercantilizar más y más procesos sociales en todas las esferas de la vida económica. Dado que el capitalismo es un proceso asocial, de aquí se desprende que ninguna transacción social ha estado intrínsecamente exenta de una posible inclusión. Esta es la razón de que podamos decir que el desarrollo histórico del capitalismo ha implicado una tendencia a la mercantilización de todas las cosas.

Pero no era suficiente mercantilizar los procesos sociales. Los procesos de producción estaban unidos entre sí en complejas cadenas de mercancías. Consideremos, por ejemplo, un producto típico que ha sido ampliamente producido y vendido a lo largo de la experiencia histórica del capitalismo: una prenda de vestir. Para producir una prenda de vestir se suele necesitar, como mínimo, tela, hilo, algún tipo de maquinaria y fuerza de trabajo. Pero cada uno de estos elementos ha de ser producido a su vez. Y los elementos que intervienen en su producción han de ser producidos a su vez. No era inevitable —ni siquiera era habitual— que cada uno de los subprocesos en esta cadena de mercancías estuviera mercantilizado. De hecho, como veremos, la ganancia es a menudo mayor cuando no todos los eslabones de la cadena están mercantilizados. Lo que está claro es que, en tal cadena, hay un conjunto muy amplio y disperso de trabajadores que reciben algún tipo de remuneración que se registra en los libros de contabilidad como costes. Hay también

un conjunto mucho menor, pero por lo general igualmente disperso, de personas (que además no están por lo común vinculadas entre sí como socios económicos, sino que operan como entidades económicas distintas), las cuales comparten de alguna manera el margen final existente en la cadena de mercancías entre los costes totales de producción de la cadena y los ingresos totales conseguidos gracias a la venta del producto final.

Una vez que hubo tales cadenas de mercancías entre los múltiples procesos de producción, está claro que la tasa de acumulación para todos los «capitalistas» juntos pasó a estar en función de la amplitud del margen que se pudiera crear, en una situación en la que este margen podía fluctuar considerablemente. La tasa de acumulación para un capitalista en concreto, sin embargo, estaba en función de un proceso de «competencia» en el que las recompensas más altas eran para aquellos que tenían mayor perspicacia para juzgar, mayor capacidad para controlar a su fuerza de trabajo y mayor acceso a las restricciones políticamente determinadas sobre operaciones concretas del mercado (conocidas genéricamente como «monopolios»).

Esto creó una primera contradicción elemental en el sistema. Aunque el interés de todos los capitalistas, tomados como clase, parecía ser reducir todos los costes de producción, estas reducciones de hecho con frecuencia favorecían a unos capitalistas en contra de otros, y por consiguiente algunos preferían incrementar su parte de un margen global menor a aceptar una parte menor de un margen global mayor. Además, había una segunda contradicción fundamental en el sistema. A medida que se acumulaba más y más capital, se mercantilizaban más y más procesos y se producían más y más mercancías, uno de los requisitos clave para mantener la circulación era que

hubiera más y más compradores. Sin embargo, al mismo tiempo, los esfuerzos por reducir los costes de producción reducían a menudo la circulación y la distribución del dinero, y de este modo inhibían la constante expansión de los compradores, necesaria para completar el proceso de acumulación. Por el contrario, la redistribución de la ganancia global de una forma que pudiera haber incrementado la red de compradores reducía a menudo el margen global de ganancia. De aquí que los empresarios a nivel individual se movieran en una dirección para impulsar sus empresas (reduciendo, por ejemplo, sus costes de trabajo) mientras que simultáneamente se movían en otra dirección (como miembros de una clase colectiva) para aumentar la red global de compradores (lo que inevitablemente implicaba, para algunos productores al menos, un incremento de los costes de trabajo).

La economía del capitalismo ha estado, pues, gobernada por el intento racional de maximizar la acumulación. Pero lo que era racional para los empresarios, no era necesariamente racional para los trabajadores. Y, lo que es aún más importante: lo que era racional para todos los empresarios como grupo colectivo no era necesariamente racional para un empresario determinado. Por tanto, no basta decir que cada uno velaba por sus propios intereses. Los propios intereses de cada persona a menudo movían a ésta, de forma muy «racional», a emprender actividades contradictorias. El cálculo del interés real a largo plazo se hizo pues sumamente complejo, aun cuando ignoremos en la actualidad hasta qué punto la percepción de sus propios intereses por parte de cada uno estaba encubierta y distorsionada por complejos velos ideológicos. Por el momento, supondré provisionalmente que el capitalismo histórico engendró realmente al *homo economicus*,

pero añadiré que éste estaba, casi inevitablemente, un tanto confuso.

Había, sin embargo, una restricción «objetiva» que limitaba la confusión. Si un determinado individuo cometía constantemente errores de apreciación en el terreno económico, ya fuera por ignorancia, fatuidad o prejuicios ideológicos, este individuo (o empresa) tendía a no sobrevivir en el mercado. La bancarrota ha sido el filtro depurador del sistema capitalista que ha obligado constantemente a todos los agentes económicos a seguir más o menos los caminos trillados, presionándolos para actuar de forma que colectivamente hubiera una acumulación de capital cada vez mayor.

El capitalismo histórico es, pues, ese escenario integrado, concreto, limitado por el tiempo y el espacio, de las actividades productivas dentro del cual la incesante acumulación de capital ha sido el objetivo o «ley» económica que ha gobernado o prevalecido en la actividad económica fundamental. Es ese sistema social en el cual quienes se han regido por tales reglas han tenido un impacto tan grande sobre el conjunto que han creado las condiciones, mientras que los otros se han visto obligados a ajustarse a las normas o a sufrir las consecuencias. Es ese sistema social en el cual el alcance de esas reglas (la ley del valor) se ha hecho cada vez más amplio, los encargados de aplicar estas reglas se han hecho cada vez más intransigentes y la penetración de estas reglas en el tejido social se ha hecho cada vez mayor, aun cuando la oposición social a tales reglas se haya hecho cada vez más fuerte y más organizada.

Utilizando esta descripción de lo que se entiende por capitalismo histórico, cualquiera de nosotros puede determinar a qué escenario integrado, concreto, limitado por el tiempo y el espacio, se refiere. Mi opinión es que la génesis de este siste-

ma histórico se localiza en la Europa de finales del siglo XV, que el sistema se extendió con el tiempo hasta cubrir todo el globo hacia finales del siglo XIX, y que aún hoy cubre todo el globo. Me doy cuenta de que una delimitación tan superficial de las fronteras del tiempo y el espacio suscita dudas en muchas personas. Estas dudas son, sin embargo, de dos tipos diferentes. En primer lugar están las dudas empíricas. ¿Estaba Rusia dentro o fuera de la economía-mundo europea en el siglo XVI? ¿Cuándo se incorporó exactamente el Imperio otomano a la economía-mundo capitalista? ¿Podemos considerar una determinada zona interior de un determinado Estado en un determinado momento como verdaderamente «integrada» en la economía-mundo capitalista? Estas preguntas son importantes, tanto por sí mismas como porque al intentar responder a ellas nos vemos obligados a precisar más nuestros análisis de los procesos del capitalismo histórico. Pero no es éste el momento ni el lugar adecuado para contestar a los numerosos interrogantes empíricos sometidos a continuo debate y elaboración.

El segundo tipo de duda es el que se plantea la utilidad de la clasificación inductiva que acabo de sugerir. Hay algunos que se niegan a aceptar que se pueda decir jamás que existe el capitalismo a no ser como una forma específica de relación social en el lugar de trabajo: la de un empresario privado que emplea asalariados. Hay otros que afirman que cuando un determinado Estado ha nacionalizado sus industrias y proclamado su adhesión a las doctrinas socialistas, ha puesto fin, con esos actos y como resultado de sus consecuencias, a la participación de ese Estado en la economía-mundo capitalista. Estos no son interrogantes empíricos, sino teóricos, y trataremos de abordarlos en el curso de este análisis. Abordarlos deductivamente sería inútil, sin

embargo, ya que no llevaría a un debate racional, sino simplemente a un choque entre fes opuestas. Por consiguiente, los abordaremos heurísticamente, afirmando que nuestra clasificación inductiva es más útil que las clasificaciones alternativas porque abarca más fácilmente y elegantemente lo que sabemos colectivamente en la actualidad acerca de la realidad histórica y porque nos proporciona una interpretación de esta realidad que nos permite actuar más eficazmente sobre el presente.

Examinemos, pues, cómo ha funcionado realmente el sistema capitalista. Decir que el objetivo de un productor es la acumulación de capital es decir que tratará de producir tanto como le sea posible de una determinada mercancía y ofrecerla a la venta con el mayor margen de ganancia para él. Sin embargo, esto lo hará dentro de una serie de restricciones económicas que, como decimos, existen «en el mercado». Su producción total está forzosamente limitada por la disponibilidad (relativamente inmediata) de cosas tales como factores materiales de producción, fuerza de trabajo, clientes y acceso al dinero efectivo para ampliar su base de inversión. La cantidad que puede producir con ganancia y el margen de ganancia al que puede aspirar están también limitados por la capacidad de sus «competidores» de ofrecer el mismo artículo a precios de venta más bajos: en este caso no se trata de los competidores de cualquier lugar del mercado mundial, sino de los que están introducidos en los mismos mercados locales, inmediatos y más restringidos en los que él vende (independientemente de cómo sea definido este mercado en un caso determinado). La expansión de su producción estará también restringida por el grado en que su producción ampliada dé lugar a una reducción de los precios en el mercado «local» capaz de reducir realmente la ganancia total obtenida con su producción total.

Todas éstas son restricciones objetivas, es decir, que existen sin necesidad de que un determinado productor o participante activo en el mercado tome un determinado conjunto de decisiones. Estas restricciones son la consecuencia de un proceso social total que se da en un lugar y tiempo concretos. Por supuesto, siempre hay además otras restricciones, más susceptibles de manipulación. Los gobiernos pueden adoptar, pueden haber adoptado ya, diversas medidas que de alguna forma transformen las opciones económicas y por consiguiente el cálculo de las ganancias. Un determinado productor puede ser el beneficiario o la víctima de las medidas existentes. Un determinado productor puede tratar de persuadir a las autoridades políticas de que cambien las medidas en su favor.

¿Cómo han actuado los productores para maximizar su capacidad de acumular capital? La fuerza de trabajo ha sido siempre un elemento central y cuantitativamente significativo en el proceso de producción. Al productor que trata de acumular le preocupan dos aspectos diferentes de la fuerza de trabajo: su disponibilidad y su coste. El problema de la disponibilidad se ha planteado habitualmente de la siguiente manera: las relaciones sociales de producción que eran fijas (una fuerza de trabajo estable para un determinado productor) podían tener un coste bajo si el mercado era estable y el tamaño de la fuerza de trabajo óptima para un momento determinado. Pero si el mercado de ese producto decaía, el hecho de que la fuerza de trabajo fuera fija incrementaba su coste real para el productor. Y si el mercado de ese producto se incrementaba, el hecho de que la fuerza de trabajo fuera fija hacía que al productor le fuera imposible aprovechar las oportunidades de ganancia.

Por otra parte, también una fuerza de trabajo variable tenía desventajas para los capitalistas. Una fuerza de trabajo variable era por definición una fuerza de trabajo que no trabajaba necesariamente de forma continua para el mismo productor. A tales trabajadores debía, pues, preocuparles, por lo que se refiere a su supervivencia, su nivel de remuneración en función de un período de tiempo lo suficientemente largo como para contrarrestar las variaciones en los ingresos reales. Es decir, los trabajadores tenían que ser capaces de sacar de los períodos en que trabajaban lo suficiente como para cubrir los períodos en los que no recibían remuneración. Por consiguiente, una fuerza de trabajo variable a menudo costaba a los productores más por hora y por individuo que una fuerza de trabajo fija.

Cuando tenemos una contradicción, y aquí tenemos una en el meollo mismo del proceso de producción capitalista, podemos estar seguros de que el resultado será un compromiso históricamente difícil. Repasemos lo que sucedió de hecho. En los sistemas históricos que precedieron al capitalismo histórico, la mayoría de las fuerzas de trabajo (nunca todas ellas) eran fijas. En algunos casos, la fuerza de trabajo del productor se reducía a él mismo o a su familia, y por tanto era fija por definición. En algunos casos, una fuerza de trabajo no relacionada con el productor por lazos de parentesco le era adscrita mediante diversas regulaciones legales y/o consuetudinarias (incluyendo diversas formas de esclavitud, servidumbre por deudas, regímenes permanentes de tenencia, etc.). Algunas veces la adscripción era vitalicia. Otras veces era por períodos limitados, con una opción de renovación; pero esta limitación del tiempo sólo tenía sentido si existían alternativas realistas en el momento de la renovación. Ahora bien, la rigidez de estos regímenes planteaba pro-

blemas no sólo a los productores concretos a quienes estaba adscrita una determinada fuerza de trabajo, sino también a todos los otros productores, ya que evidentemente sólo podían ampliar sus actividades en la medida en que existieran fuerzas de trabajo disponibles no fijas.

Estas consideraciones constituyeron la base, tal como a menudo se ha descrito, del auge de la institución del trabajo asalariado, allí donde existía un grupo de personas permanentemente disponibles para trabajar más o menos para el mejor postor. Llamamos a este proceso mercado de trabajo y a las personas que venden su trabajo proletarios. No digo nada nuevo si afirmo que, en el capitalismo histórico, ha habido una creciente proletarización de la fuerza de trabajo. La afirmación no sólo no es nueva, sino que tampoco es en absoluto sorprendente. Las ventajas del proceso de proletarización para los productores han sido ampliamente documentadas. Lo sorprendente no es que haya habido tanta proletarización, sino que haya habido tan poca. Tras cuatro siglos al menos de existencia de este sistema social histórico, no se puede decir que la cantidad de trabajo plenamente proletarizado en la economía-mundo capitalista llegue hoy en total ni siquiera a un cincuenta por ciento.

Sin duda esta estadística está en función de cómo se mida y a quién se mida. Si usamos las estadísticas oficiales de los gobiernos acerca de la llamada población activa, primordialmente los varones adultos formalmente disponibles para un trabajo remunerado, podemos encontrar que el porcentaje de asalariados es hoy razonablemente alto (si bien, incluso en ese caso, cuando se calcula a nivel mundial, el porcentaje real es inferior al que suponen la mayoría de las formulaciones teóricas). Sin embargo, si consideramos a todas las personas cuyo trabajo se incorpora de una u

otra forma a la cadena de mercancías —abarcando así a prácticamente todas las mujeres adultas y también a un número muy alto de personas preadultas y posadultas (es decir, los jóvenes y los viejos)—, entonces nuestro porcentaje de proletarios cae en picado.

Demos un paso más antes de proceder a nuestra medición. ¿Es conceptualmente útil aplicar la etiqueta «proletario» a un individuo? Lo dudo. En el capitalismo histórico, como en los sistemas históricos anteriores, los individuos han tendido a vivir dentro del marco de unas estructuras relativamente estables que comparten un fondo común de ingresos actuales y capital acumulado, a las que podríamos llamar unidades domésticas *(households).* El hecho de que los límites de estas unidades domésticas estén cambiando continuamente por las entradas y salidas de los individuos no impiden que sean la unidad de cálculo racional en términos de remuneraciones y gastos. Las personas que desean sobrevivir cuentan todos sus ingresos potenciales, independientemente de la fuente de la que procedan, y los valoran en función de los gastos reales que deben realizar. Tratan de sobrevivir como mínimo; luego, con más ingresos, tratan de disfrutar de un estilo de vida que encuentran satisfactorio; y por fin, con más ingresos todavía, tratan de participar en el juego capitalista como acumuladores de capital. Para todos los propósitos reales, la unidad doméstica es la unidad económica que se dedica a tales actividades. Esta unidad doméstica es habitualmente una unidad relacionada por lazos de parentescos, pero a veces no lo es, o al menos no lo es exclusivamente. En la mayoría de los casos es co-residencial, pero esta tendencia ha retrocedido a medida que avanzaba la mercantilización.

Fue en el contexto de esta estructura de unidades domésticas donde comenzó a imponerse a las

clases trabajadoras la distinción social entre trabajo productivo y trabajo improductivo. De hecho, el trabajo productivo llegó a ser definido como un trabajo que devengaba dinero (primordialmente trabajo que devengaba un salario), y el trabajo improductivo como un trabajo que, aunque muy necesario, era meramente una actividad de «subsistencia» y que por tanto, se decía, no producía un «excedente» del que pudiera apropiarse alguien. Este trabajo, o bien no estaba en absoluto mercantilizado o bien implicaba una producción simple (pero en este caso verdaderamente simple) de mercancías. La diferenciación entre los tipos de trabajo fue consolidada mediante la creación de papeles específicos vinculados a ellos. El trabajo productivo (asalariado) se convirtió primordialmente en la tarea del varón adulto/padre y secundariamente de los otros varones adultos (más jóvenes) de la unidad doméstica. El trabajo improductivo (de subsistencia) se convirtió primordialmente en la tarea de la mujer adulta/madre y secundariamente de las otras mujeres, así como de los niños y los ancianos. El trabajo productivo era realizado fuera de la unidad doméstica, en el «centro de trabajo». El trabajo no productivo era realizado dentro de la unidad doméstica.

Las líneas divisorias no eran nítidas, indudablemente, pero con el capitalismo histórico se hicieron muy claras y apremiantes. La división del trabajo real por géneros y edades no fue, por supuesto, una invención del capitalismo histórico. Probablemente existió siempre, aunque sólo fuese porque para algunas tareas hay requisitos y limitaciones biológicos (de género, pero también de edad). La familia jerárquica y/o la estructura de unidades domésticas no fueron tampoco una invención del capitalismo. Estas también existían desde hacía mucho tiempo.

Lo que hubo de nuevo en el capitalismo histórico fue la correlación entre división del trabajo y valoración del trabajo. Los hombres tal vez hayan hecho a menudo un trabajo diferente del de las mujeres (y los adultos un trabajo diferente del de los niños y ancianos), pero en el capitalismo histórico ha habido una constante devaluación del trabajo de las mujeres (y del de los jóvenes y viejos) y un paralelo hincapié en el valor del trabajo del varón adulto. Mientras que en otros sistemas hombres y mujeres realizaban tareas específicas (pero normalmente iguales), en el capitalismo histórico el varón adulto que ganaba un salario fue clasificado como el «cabeza de familia», y la mujer adulta que trabajaba en el hogar como el «ama de casa». Así, cuando se empezaron a compilar estadísticas nacionales, que eran a su vez un producto de un sistema capitalista, todos los cabezas de familia fueron considerados miembros de la población activa, pero no así las amas de casa. De este modo se institucionalizó el sexismo. El aparato legal y paralegal de la distinción y la discriminación por géneros siguió de forma totalmente lógica las huellas de esta valoración diferencial del trabajo.

Podemos señalar aquí que los conceptos de infancia/adolescencia amplia y de «jubilación» de la fuerza de trabajo no asociada a la enfermedad o la debilidad han sido también concomitantes específicos de la aparición de una estructura de unidades domésticas en el capitalismo histórico. A menudo han sido consideradas como exenciones «progresistas» del trabajo. Sin embargo, tal vez sea más correcto considerarlas como redefiniciones del trabajo como no trabajo. Para más inri, las actividades formativas de los niños y las variopintas tareas de los adultos jubilados han sido calificadas de «divertidas» y la devaluación de sus contribuciones laborales de razonable contra-

partida a su liberación de las «fatigas» del trabajo «real».

En cuanto ideología, estas distinciones contribuyeron a asegurar que la mercantilización del trabajo fuera extensiva pero al mismo tiempo limitada. Por ejemplo, si tuviéramos que calcular cuántas unidades domésticas de la economía-mundo han obtenido más de un cincuenta por ciento de sus ingresos reales (o de su renta total en todas sus formas) del trabajo asalariado fuera de la unidad doméstica, creo que nos sentiríamos asombrados por la exigüedad del porcentaje: esto no sólo ha ocurrido en siglos anteriores, sino que ocurre también hoy, aunque el porcentaje haya probablemente crecido de forma constante a lo largo del desarrollo histórico de la economía-mundo capitalista.

¿Cómo podemos explicar esto? No creo que sea muy difícil. Partiendo del supuesto de que un productor que emplea mano de obra asalariada prefiere siempre y en todo lugar pagar menos que más, la exigüedad del nivel al que los asalariados podrían permitirse aceptar el trabajo está en función del tipo de unidades domésticas en el que los asalariados vivan a lo largo de su vida. Dicho de forma muy sencilla: a idéntico trabajo con idénticos niveles de eficacia, el asalariado que viviera en una unidad doméstica con un alto porcentaje de ingresos salariales (llamémosla una unidad doméstica proletaria) tendría un umbral monetario por debajo del cual le parecería manifiestamente irracional realizar un trabajo superior al de un asalariado que viviera en una unidad doméstica con un bajo porcentaje de ingresos salariales (llamémosla una unidad doméstica semiproletaria).

La razón de esta diferencia entre lo que podríamos llamar umbrales salariales mínimos aceptables tiene que ver con la economía de supervivencia. Allí donde una unidad doméstica proletaria

dependía primordialmente de unos ingresos salariales, éstos tenían que cubrir los costes mínimos de la supervivencia y la reproducción. Sin embargo, cuando los salarios constituían una parte menos importante del total de los ingresos de la unidad doméstica, a menudo para un individuo resultaba racional aceptar un empleo a un nivel de remuneración que representaba una parte inferior a la proporcional (en términos de horas trabajadas) de los ingresos reales —aun cuando supusiera la consecución del necesario dinero líquido (necesidad que con frecuencia venía legalmente impuesta)— o implicaba la sustitución de un trabajo en tareas todavía menos remunerativas por este trabajo remunerado con un salario.

Lo que sucedía entonces en estas unidades domésticas semiproletarias era que quienes producían otros tipos de ingresos reales —es decir, básicamente la producción doméstica para el propio consumo o para la venta en el mercado local, o para ambas cosas a la vez—, ya fueran diversas personas de la unidad doméstica (de cualquier sexo o edad) o la misma persona en diversos momentos de su vida, creaban excedentes que hacían que bajara el umbral del salario mínimo aceptable. De esta forma, el trabajo no asalariado permitía a algunos productores pagar un salario inferior a sus trabajadores, reduciendo así sus costes de producción e incrementando sus márgenes de ganancia. No es de extrañar, pues, que, por regla general, todos los que empleaban mano de obra asalariada prefirieran que sus asalariados vivieran en unidades domésticas semiproletarias en lugar de proletarias. Si ahora consideramos la realidad empírica local en el tiempo y en el espacio del capitalismo histórico, descubrimos bruscamente que la norma estadística ha sido que los asalariados vivieran en unidades domésticas semiproletarias en lugar de proletarias. Desde el punto de vis-

ta intelectual, nuestro problema se invierte de pronto. De explicar las razones de la existencia de la proletarización, hemos pasado a explicar por qué el proceso ha sido tan incompleto. Ahora tenemos que ir todavía más lejos: ¿por qué ha seguido avanzando la proletarización?

Permítaseme decir desde ahora que es muy dudoso que la creciente proletarización mundial pueda ser atribuida primordialmente a las presiones sociopolíticas de los estratos empresariales. Muy al contrario. Parece ser que tienen muchos motivos para hacerse los remolones. En primer lugar, como acabamos de argumentar, la transformación de un número significativo de unidades domésticas semiproletarias en unidades domésticas proletarias en determinadas zonas tendió a aumentar el salario mínimo real pagado por los que empleaban mano de obra asalariada. En segundo lugar, la mayor proletarización tuvo consecuencias políticas, como analizaremos más adelante, que fueron negativas para los que empleaban mano de obra asalariada y también acumulativas, incrementándose así todavía más los niveles salariales en determinadas zonas geográfico-económicas. De hecho, los que empleaban mano de obra asalariada sentían tan poco entusiasmo por la proletarización que, además de fomentar la división del trabajo por géneros y edades, también estimularon, con sus esquemas de empleo y a través de su influencia en el campo político, el reconocimiento de grupos étnicos definidos, tratando de vincularlos a papeles específicos en el mundo laboral, con diferentes niveles de remuneración real por su trabajo. La etnicidad creó un caparazón cultural que consolidó los esquemas de la estructura de unidades domésticas semiproletarias. El hecho de que la aparición de esta etnicidad haya realizado también una labor de división política entre las clases trabajadoras ha sido un

plus político para los que empleaban mano de obra asalariada, pero no, creo yo, el primer motor de este proceso.

Sin embargo, para poder comprender cómo ha llegado a producirse un incremento de algún tipo en la proletarización a lo largo del tiempo en el capitalismo histórico, tenemos que volver a la cuestión de las cadenas de mercancías en las que están situadas las múltiples actividades productivas específicas. Debemos olvidar la imagen simplista de que el «mercado» es un lugar donde se encuentran el productor inicial y el consumidor final. Es indudable que estos mercados existen y siempre han existido. Pero en el capitalismo histórico las transacciones de mercado han constituido un pequeño porcentaje del total. La mayoría de las transacciones han implicado un intercambio entre dos productores inmediatos situados en una larga cadena de mercancías. El comprador compraba un «insumo» para su proceso productivo. El vendedor vendía un «producto semiacabado», es decir, semiacabado en función de su uso final en el consumo individual directo.

La lucha por el precio en estos «mercados intermedios» representaba un esfuerzo por parte del comprador para arrancar al vendedor una porción de la ganancia obtenida de todos los procesos de trabajo anteriores a lo largo de la cadena de mercancías. Esta lucha estaba sin duda determinada en puntos concretos del tiempo y del espacio por la oferta y la demanda, pero nunca de forma exclusiva. En primer lugar, por supuesto, la oferta y la demanda pueden ser manipuladas a través de restricciones monopolistas, que han sido la regla más que la excepción. En segundo lugar, el vendedor puede modificar el precio en ese punto a través de una integración vertical. Allí donde el «vendedor» y el «comprador» eran de hecho y en última instancia la misma empresa, el precio podía

ser arbitrariamente amañado con fines fiscales o de otro tipo, pero tal precio nunca representaba la interacción de la oferta y la demanda. La integración vertical, al igual que el monopolio «horizontal», no ha sido rara. Estamos por supuesto familiarizados con sus ejemplos más espectaculares: las compañías con carta de privilegios de los siglos XVI al XVIII, las grandes casas comerciales del siglo XIX, las transnacionales del siglo XX. Todas éstas eran estructuras globales que trataban de abarcar todos los eslabones posibles de una determinada cadena de mercancías. Pero los ejemplos menores de integración vertical, que abarcaban solamente unos pocos (o incluso dos) eslabones de una cadena, han sido aún más frecuentes. Parece razonable afirmar que la integración vertical ha sido la norma estadística del capitalismo histórico, y no esos puntos del «mercado» en las cadenas de mercancías en los que el vendedor y el comprador eran realmente distintos y antagónicos.

Ahora bien, las cadenas de mercancías no han seguido direcciones geográficas aleatorias. Si las dibujáramos todas en un mapa, advertiríamos que han adoptado una forma centrípeta. Sus puntos de origen han sido múltiples, pero sus puntos de destino han tendido a converger en unas pocas áreas. Es decir, han tendido a ir de las periferias de la economía-mundo capitalista a los centros. Es difícil rebatir esto como una observación empírica. La pregunta real es por qué ha sucedido. Hablar de cadenas de mercancías significa hablar de una amplia división social del trabajo que, en el curso del desarrollo histórico del capitalismo, se ha hecho más y más extensiva en el plano funcional y geográfico y, simultáneamente, más y más jerárquica. Esta jerarquización del espacio en la estructura de los procesos productivos ha llevado a una polarización cada vez mayor entre el centro y las zonas periféricas de la economía-mundo, no

sólo de acuerdo con criterios distributivos (niveles reales de ingresos, calidad de vida), sino también, y lo que es más importante, en los escenarios de la acumulación de capital.

Al principio, cuando comenzó este proceso, estas diferencias espaciales eran bastante pequeñas, y el grado de especialización espacial era limitado. Sin embargo, dentro del sistema capitalista, las diferencias existentes (ya fuera por razones ecológicas o históricas) fueron exageradas, reforzadas y consolidadas. En este proceso fue crucial la intervención de la fuerza en la determinación del precio. Indudablemente, el uso de la fuerza por una de las partes en una transacción de mercado para mejorar el precio no fue una invención del capitalismo. El intercambio desigual es una práctica antigua. Lo notable del capitalismo como sistema histórico fue la forma en que se pudo ocultar este intercambio desigual; de hecho se pudo ocultar tan bien que incluso los adversarios reconocidos del sistema no han comenzado a desvelarlo sistemáticamente sino tras quinientos años de funcionamiento de este mecanismo.

La clave para ocultar este mecanismo central está en la estructura misma de la economía-mundo capitalista, la aparente separación en el sistema capitalista mundial entre la arena económica (una división social del trabajo a nivel mundial con unos procesos de producción integrados, todos los cuales operan en favor de la incesante acumulación de capital) y la arena política (compuesta en apariencia por Estados soberanos aislados, cada uno de los cuales es responsable autónomo de sus decisiones políticas dentro de su jurisdicción y dispone de fuerzas armadas para respaldar su autoridad). En el mundo real del capitalismo histórico, casi todas las cadenas de mercancías de cierta importancia han atravesado estas fronteras estatales. Esta no es una innovación

reciente. Es algo que ha venido sucediendo desde el mismo comienzo del capitalismo histórico. Más aún: la transnacionalidad de las cadenas de mercancías es un rasgo descriptivo tanto del mundo capitalista del siglo XVI como del mundo capitalista del siglo XX.

¿Cómo funcionaba este intercambio desigual? Partiendo de una diferencia real en el mercado, debido a la escasez (temporal) de un proceso de producción complejo o a escaseces artificales creadas *manu militari*, las mercancías se movían entre las zonas de tal manera que el área con el artículo menos «escaso» «vendía» sus artículos a la otra área a un precio que encarnaba un factor de producción (coste) real mayor que el de un artículo de igual precio que se moviera en dirección opuesta. Lo que realmente sucedía era que había una transferencia de una parte de la ganancia total (o excedente) producida por una zona a otra. Era una relación de centricidad-perifericidad. Por extensión podemos llamar «periferia» a la zona perdedora y «centro» a la ganadora. Estos nombres reflejan de hecho la estructura geográfica de los flujos económicos.

Inmediatamente encontramos diversos mecanismos que a lo largo de la historia han incrementado esta disparidad. Allí donde se producía una «integración vertical» de dos eslabones en una cadena de mercancías, era posible desviar una parte aún mayor del excedente total hacia el centro de lo que hasta entonces había sido posible. Asimismo, la desviación del excedente hacia el centro concentraba allí el capital y ponía a disposición del centro unos fondos desproporcionados para continuar la mecanización, lo que permitía a los productores de estas zonas conseguir ventajas competitivas adicionales en los productos existentes y crear nuevos productos raros con los que renovar el proceso.

La concentración de capital en las zonas del centro creó tanto la base fiscal como la motivación política para construir aparatos de Estado relativamente fuertes, entre cuyas múltiples capacidades figuraba la de asegurar que los aparatos del Estado de las zonas periféricas se hicieran o siguieran siendo relativamente más débiles. De este modo podían presionar a estas estructuras estatales para que aceptaran e incluso fomentaran en su jurisdicción una mayor especialización en tareas inferiores dentro de la jerarquía de las cadenas de mercancías, utilizando mano de obra peor pagada y creando (reforzando) la estructura de unidades domésticas adecuada para permitir la supervivencia de esta mano de obra. De este modo, el capitalismo histórico creó los llamados niveles salariales históricos tan dramáticamente divergentes en las diferentes zonas del sistema mundial.

Decimos que este proceso ha permanecido oculto. Con ello queremos decir que los precios reales siempre parecían ser negociados en un mercado mundial sobre la base de unas fuerzas económicas impersonales. El enorme aparato de fuerza latente (abiertamente usado de forma esporádica en las guerras y en las épocas de colonización) no tenía que ser invocado en cada una de las transacciones para asegurar que el intercambio fuese desigual. Más bien, el aparato de fuerza aparecía en escena sólo cuando se producía un desafío significativo al nivel existente de intercambio desigual. Una vez terminado el grave conflicto político, las clases empresariales del mundo podían pretender que la economía operaba únicamente por consideraciones de la oferta y la demanda, sin reconocer cómo había llegado históricamente la economía-mundo a un punto concreto de la oferta y la demanda y qué estructuras de fuerza estaban respaldando en ese mismo momento las diferencias «consuetudinarias» en los niveles salariales y en

la calidad real de vida de las fuerzas de trabajo del mundo.

Ahora podemos volver a preguntarnos por qué ha habido algún tipo de proletarización. Recordemos la contradicción fundamental entre el interés individual de cada empresario y el interés colectivo de todas las clases capitalistas. El intercambio desigual servía por definición a estos intereses colectivos, pero no a muchos de los intereses individuales. De esto se desprende que aquéllos cuyos intereses no se veían inmediatamente servidos en un momento determinado (porque ganaban menos que sus competidores) trataban constantemente de cambiar las cosas en su favor. Es decir, trataban de competir con más éxito en el mercado, bien haciendo que su producción fuera más eficiente, bien utilizando la influencia política para conseguir nuevas ventajas monopolistas.

La fuerte competencia entre los capitalistas ha sido siempre una *differentia specifica* del capitalismo histórico. Aun cuando pareciera estar voluntariamente restringida (por medio de acuerdos de tipo cártel), ello se debía principalmente a que cada competidor pensaba que tal restricción optimizaba sus propios márgenes. En un sistema basado en la incesante acumulación de capital, ninguno de los participantes podía permitirse el lujo de abandonar su permanente tendencia hacia una rentabilidad a largo plazo, a no ser que quisiera autodestruirse.

Así pues, la práctica monopolista y la motivación competitiva han sido realidades paralelas del capitalismo histórico. En tales circunstancias, es evidente que ningún esquema específico que uniera los procesos productivos podía ser estable. Muy al contrario: siempre sería de interés para un gran número de empresarios rivales tratar de alterar el esquema específico de un momento y un lugar determinado sin preocuparse a corto plazo por el

impacto global de tal comportamiento. Aquí operaba indiscutiblemente la «mano invisible» de Adam Smith, en el sentido de que el «mercado» imponía restricciones al comportamiento individual, pero sería muy curiosa una interpretación del capitalismo histórico que sugiriese que el resultado ha sido armonioso.

El resultado parece haber sido más bien, de nuevo como observación empírica, un ciclo alternante de expansiones y estancamientos del sistema en su conjunto. Estos ciclos han implicado fluctuaciones de tal significación y regularidad que es difícil no creer que son intrínsecas al funcionamiento del sistema. Si se me permite la analogía, parecen ser el mecanismo respiratorio del organismo capitalista, que inhala el oxígeno purificador y exhala los desechos venenosos. Las analogías son siempre peligrosas, pero ésta parece especialmente adecuada. Los desechos acumulados eran las ineficiencias económicas que con regularidad se incrustaban políticamente a través del proceso de intercambio desigual antes descrito. El oxígeno purificador era la asignación más eficiente de los recursos (más eficiente en el sentido de que permitía una mayor acumulación de capital), que permitía la reestructuración regular de las cadenas de mercancías.

Lo que parece haber sucedido cada cincuenta años aproximadamente es que, dados los esfuerzos de un número cada vez mayor de empresarios por hacerse con los puntos más rentables de las cadenas de mercancías, se producían tales desproporciones en las inversiones que nosotros hablamos, de modo que induce un tanto a error, de superproducción. La única solución a estas desproporciones era una conmoción en el sistema productivo que diera como resultado una distribución más equitativa. Esto suena lógico y simple, pero sus consecuencias han sido siempre masivas. Sig-

nificaba en cada ocasión una mayor concentración de operaciones en los eslabones de la cadena de mercancías que estaban ya más atestados. Esto suponía la eliminación tanto de algunos empresarios como de algunos trabajadores (aquéllos que trabajaban para empresarios que se iban a la quiebra y también aquéllos que trabajaban para otros que se mecanizaban aún más a fin de reducir los costes unitarios de producción). Este cambio también permitía a los empresarios «degradar» ciertas operaciones en la jerarquía de la cadena de mercancías, lo que les permitía dedicar fondos de inversión y esfuerzos a otros eslabones de la cadena de mercancías que, al ofrecer inicialmente insumos más «escasos», eran más rentables. La «degradación» de determinados procesos en la escala jerárquica también llevaba a menudo a una reubicación geográfica parcial. Para esta reubicación geográfica resultaba muy atractivo el desplazamiento hacia zonas donde el coste de la mano de obra era inferior, aunque desde el punto de vista de la zona a la que se desplazaba la industria, la nueva industria implicase habitualmente un incremento del nivel salarial para algunos sectores de la fuerza de trabajo. Precisamente ahora estamos viviendo una de estas reubicaciones masivas a nivel mundial en las industrias del automóvil, el acero y la electrónica. Este fenómeno de reubicación ha formado parte del capitalismo histórico desde el comienzo.

Estos reajustes han tenido tres consecuencias principales. Una de ellas ha sido la constante reestructuración geográfica del sistema mundial capitalista. Sin embargo, aunque las cadenas de mercancías han sido significativamente reestructuradas cada cincuenta años, aproximadamente, se ha mantenido el sistema de cadenas de mercancías jerárquicamente organizadas. Determinados procesos de producción han experimentado un descen-

so en la jerarquía, al insertarse otros nuevos en la parte superior. Y determinadas zonas geográficas han acogido a niveles jerárquicos de procesos en continuo cambio. Así pues, determinados productos han pasado por «ciclos de producto», al comenzar siendo productos del centro y terminar convirtiéndose en productos periféricos. Además, determinadas posiciones se han desplazado hacia arriba o hacia abajo, por lo que respecta al bienestar comparativo de sus habitantes. Pero para llamar «desarrollo» a tales reajustes tendríamos primero que demostrar que ha habido una reducción de la polarización global del sistema. Empíricamente, parece que esto no ha ocurrido; más bien la polarización se ha incrementado a lo largo de la historia. Se puede decir, pues, que estas reubicaciones geográficas y del producto han sido verdaderamente cíclicas.

Sin embargo, los reajustes han tenido una segunda consecuencia, muy diferente. Nuestro término «superproducción», que induce a error, llama la atención sobre el hecho de que el dilema inmediato se ha planteado siempre por la ausencia de una demanda mundial suficiente de algunos productos claves del sistema. Es en esta situación donde los intereses de los trabajadores coinciden con los intereses de una minoría de empresarios. Los trabajadores han tratado siempre de incrementar su parte de excedente, y los momentos de crisis económica del sistema han ofrecido a menudo tanto un incentivo suplementario e inmediato como una oportunidad suplementaria de proseguir sus luchas de clases. Una de las formas más efectivas e inmediatas de incrementar sus ingresos reales que tienen los trabajadores es la mayor mercantilización de su propio trabajo. A menudo han tratado de sustituir aquellas partes de los procesos de producción domésticos que devengan escasas cantidades de ingresos reales, y en particular diversos

tipos de producción simple de mercancías, por trabajo asalariado. Una de las principales fuerzas impulsoras de la proletarización ha sido la de los propios trabajadores de todo el mundo. Han comprendido, a menudo mejor que sus autoproclamados portavoces intelectuales, que la explotación en las unidades domésticas semiproletarias es mucho mayor que la explotación en las plenamente proletarizadas.

Ha sido en los momentos de estancamiento cuando algunos propietarios-productores, en parte respondiendo a la presión política de los trabajadores y en parte creyendo que los cambios estructurales en las relaciones de producción les beneficiarían frente a los propietarios-productores rivales, han unido sus fuerzas, tanto en el campo de la producción como en el político, para impulsar la proletarización de un sector limitado de los trabajadores en alguna parte. Este proceso que nos proporciona la clave esencial para saber por qué ha habido un incremento en la proletarización, dado que la proletarización ha llevado a largo plazo a una reducción de los niveles de ganancia en la economía-mundo capitalista.

Es en este contexto donde deberíamos considerar el proceso del cambio tecnológico, que no ha sido tanto el motor como la consecuencia del capitalismo histórico. Las principales «innovaciones» tecnológicas han sido, en primer lugar, la creación de nuevos productos «escasos», en cuanto tales sumamente rentables, y, en segundo lugar, la de procesos para reducir el trabajo. Han sido respuestas a las fases descendentes de los ciclos, formas de aplicar las «invenciones» para fomentar el proceso de acumulación de capital. Estas innovaciones sin duda afectaron con frecuencia a la organización de la producción. Desde un punto de vista histórico, dieron un impulso hacia la centralización de muchos procesos de tra-

bajo (la fábrica, la cadena de montaje). Pero es fácil exagerar el cambio. Los procesos de concentración de las tareas de producción física han sido con frecuencia analizados sin tener en cuenta los procesos de descentralización opuestos.

Esto es especialmente evidente si traemos a colación la tercera consecuencia del reajuste cíclico. Adviértase que, dadas las dos consecuencias ya mencionadas, tenemos que explicar una aparente paradoja. Por un lado, hablábamos de la continua concentración de acumulación de capital en la polarización histórica de la distribución. Simultáneamente, sin embargo, hablábamos de un proceso lento, pero constante, de proletarización que, afirmábamos, ha reducido realmente los niveles de ganancia. Una solución fácil sería decir que el primer proceso es simplemente mayor que el segundo, lo cual es cierto. Pero además la disminución de los niveles de ganancia ocasionada por el incremento de la proletarización ha sido hasta ahora compensada con creces por otro mecanismo que ha actuado en sentido contrario.

Otra observación empírica que puede hacerse fácilmente acerca del capitalismo histórico es que su emplazamiento geográfico ha crecido constantemente con el tiempo. Una vez más, el ritmo del proceso ofrece la mejor clave para su explicación. La incorporación de nuevas zonas a la división social del trabajo del capitalismo histórico no se produjo de una sola vez. De hecho se produjo en estallidos periódicos, aunque cada una de las sucesivas expansiones pareció estar limitada en su amplitud. Indudablemente, una parte de la explicación reside en el mismo desarrollo tecnológico del propio capitalismo histórico. Las mejoras en el transporte, las comunicaciones y los armamentos hizo que fuera progresivamente menos caro incorporar regiones cada vez más alejadas de las zonas del centro. Pero esta explicación, todo lo

más, nos da una condición necesaria, pero no suficiente del proceso.

A veces se ha afirmado que la explicación reside en la constante búsqueda de nuevos mercados en los que realizar las ganancias de la producción capitalista. Sin embargo, esta explicación no concuerda con los hechos históricos. Las áreas externas al capitalismo histórico se han mostrado en general reacias a comprar sus productos, en parte porque no los «necesitaban» en términos de su propio sistema económico y en parte porque a menudo carecían de los medios necesarios para comprarlos. Sin duda ha habido excepciones. Pero en general era el mundo capitalista el que buscaba los productos de la arena externa y no al revés. Siempre que un determinado lugar era conquistado militarmente, los empresarios capitalistas se quejaban de la ausencia de mercados reales en él y actuaban a través de los gobiernos coloniales para «crear aficiones».

La búsqueda de mercados no sirve como explicación. Una explicación mucho más plausible es la búsqueda de mano de obra a bajo coste. Desde un punto de vista histórico, prácticamente todas las nuevas zonas incorporadas a la economía-mundo han establecido niveles de remuneración real que estaban en la parte inferior de la jerarquía de niveles salariales del sistema mundial. Prácticamente no habían desarrollado unidades domésticas plenamente proletarias y no habían sido incitadas a desarrollarlas. Por el contrario, la política de los estados coloniales (y de los estados semicoloniales reestructurados en aquellas zonas que no habían sido oficialmente colonizadas) parecía destinada precisamente a fomentar la aparición de esa unidad doméstica semiproletaria que, como hemos visto, hacía posible el umbral más bajo posible de nivel salarial. La política típica de tales estados implicaba una combinación

de mecanismos fiscales, que obligaban a cada unidad doméstica a realizar algún trabajo asalariado, y restricciones a la libertad de movimientos o separación forzosa de los miembros de la unidad doméstica, lo que reducía considerablemente la posibilidad de una plena proletarización.

Si añadimos a este análisis la observación de que las nuevas incorporaciones al sistema mundial del capitalismo tendían a estar correlacionadas con fases de estancamiento en la economía-mundo, resulta evidente que la expansión geográfica del sistema mundial servía para contrarrestar el proceso de reducción de las ganancias inherente a una mayor proletarización, al incorporar nuevas fuerzas de trabajo destinadas a ser semiproletarizadas. La aparente paradoja se desvanece. El impacto de la proletarización en el proceso de polarización se ve compensado, tal vez con creces, al menos hasta ahora, por el impacto de las incorporaciones. Y los procesos de trabajo de tipo fabril como porcentaje del total se han incrementado menos de lo que habitualmente se afirma, dado el denominador en constante expansión de la ecuación.

Hemos invertido mucho tiempo en esbozar cómo ha actuado el capitalismo histórico en la arena estrictamente económica. Ahora estamos preparados para explicar por qué surgió el capitalismo como sistema social histórico. Esto no es tan fácil como a menudo se piensa. Lejos de ser un sistema «natural», como algunos apologistas han tratado de mantener, el capitalismo histórico es un sistema patentemente absurdo. Se acumula capital a fin de acumular más capital. Los capitalistas son como ratones en una rueda, que corren cada vez más deprisa a fin de correr aún más deprisa. En el proceso, sin duda, algunas personas viven bien, pero otras viven en la miseria; y ¿có-

mo de bien, y durante cuánto tiempo, viven los que viven bien?

Cuanto más reflexiono sobre ello, más absurdo me parece. No sólo creo que la inmensa mayoría de la población del mundo está objetiva y subjetivamente en peores condiciones materiales que en los sistemas históricos anteriores, sino que, como veremos, pienso que se puede argumentar que también están en peores condiciones políticas. Todos nosotros estamos tan influenciados por la ideología justificadora del progreso que ha configurado este sistema histórico, que nos resulta difícil admitir incluso los grandes inconvenientes históricos de este sistema. Hasta un denunciador tan enérgico del capitalismo histórico como Karl Marx hizo gran hincapié en su papel históricamente progresivo. No creo que sea progresivo en absoluto, a menos que por «progresivo» simplemente se entienda aquello que es históricamente posterior y cuyos orígenes pueden ser explicados por algo que lo ha precedido. El balance del capitalismo histórico, sobre el que volveré, es tal vez complejo, pero el cálculo inicial en términos de la distribución material de los bienes y de la asignación de las energías es en mi opinión muy negativo.

Si esto es así, ¿por qué surgió un sistema semejante? Tal vez precisamente para lograr ese fin. ¿Qué cosa más convincente que un razonamiento que afirma que la explicación del origen de un sistema era conseguir un fin que de hecho ha conseguido? Sé que la ciencia moderna nos ha apartado de la búsqueda de las causas finales y de toda consideración de intencionalidad (especialmente cuando ésta es tan intrínsecamente difícil de demostrar de forma empírica). Pero la ciencia moderna y el capitalismo histórico han mantenido una estrecha alianza, como sabemos; así pues, debemos sospechar de la autoridad de

la ciencia a propósito de esta cuestión: la modalidad del conocimiento de los orígenes del capitalismo moderno. Permítaseme esbozar simplemente una explicación histórica de los orígenes del capitalismo histórico sin intentar desarrollar aquí la base empírica de tal argumento.

En el mundo de los siglos XIV y XV, Europa fue el escenario de una división social del trabajo que, en comparación con otras áreas del mundo se encontraba, en lo que respecta a las fuerzas productivas, a la cohesión de su sistema histórico y a su estado relativo de conocimiento humano, en una fase intermedia: ni tan avanzada como en algunas áreas, ni tan primitiva como en otras. Marco Polo, debemos recordar, que procedía de una de las subregiones cultural y económicamente «avanzadas» de Europa, se sintió totalmente abrumado por lo que encontró en sus viajes por Asia.

La arena económica de la Europa feudal estaba pasando en esta época por una crisis muy importante, generada en su interior, que estaba conmoviendo sus cimientos sociales. Sus clases dominantes se estaban destruyendo mutuamente a gran velocidad, mientras que su sistema de tierras (base de su estructura económica) se estaba volviendo más flexible, con una considerable reorganización que iba en el sentido de una distribución mucho más igualitaria de lo que había sido la norma. Además, los pequeños campesinos estaban demostrando una gran eficiencia como productores. Las estructuras políticas en general se estaban debilitando y su preocupación por las luchas intestinas entre los que tenían el poder político hacía que quedara poco tiempo para reprimir la fuerza creciente de las masas de la población. El aglutinante ideológico del catolicismo estaba sometido a grandes tensiones y en el mismo seno de la Iglesia estaban naciendo movimientos igualitarios. Las cosas estaban realmente cayéndose a pedazos. Si

Europa hubiese continuado en la senda por la que se encaminaba, es difícil creer que los esquemas de la Europa feudal medieval, con su sistema sumamente estructurado de «estamentos», pudieran haberse consolidado de nuevo. Mucho más probable es que la estructura social de la Europa feudal hubiera evolucionado hacia un sistema de productores a pequeña escala, relativamente iguales, con la consiguiente nivelación de las aristocracias y descentralización de las estructuras políticas.

Si esto habría sido bueno o malo, y para quién, es un tema de especulación y de poco interés. Pero es evidente que la perspectiva debió de intranquilizar a los estratos superiores de Europa: de intranquilizarlos y de asustarlos, especialmente cuando se dieron cuenta de que su armadura ideológica también se estaba desintegrando. Sin sugerir que nadie verbalizara conscientemente tal intento, podemos ver, comparando la Europa de 1650 con la de 1450, que ocurrieron las siguientes cosas. En 1650, las estructuras básicas del capitalismo histórico como sistema social viable habían sido establecidas y consolidadas. La tendencia hacia la igualación de las recompensas había sido drásticamente invertida. Los estratos superiores se habían hecho de nuevo con el control de la política y la ideología. Había un nivel razonablemente alto de continuidad entre las familias que formaban parte de los estratos superiores en 1450 y las que formaban parte de los estratos superiores en 1650. Además, si sustituyéramos la fecha de 1650 por la de 1900, encontraríamos que la mayoría de las comparaciones con 1450 seguían siendo válidas. Fue sólo en el siglo XX cuando hubo algunas tendencias significativas en una dirección diferente, signo como veremos de que el sistema histórico del capitalismo, tras cuatro o cinco siglos de florecimiento, ha entrado finalmente en una crisis estructural.

Tal vez nadie haya verbalizado el intento, pero ciertamente parece como si la creación del capitalismo histórico en cuanto sistema social hubiera invertido especialmente una tendencia que los estratos superiores temían, y establecido en su lugar una tendencia que servía aún mejor a sus intereses. ¿Es esto tan absurdo? Sólo para quienes fueron sus víctimas.

2. LA POLITICA DE ACUMULACION: LA LUCHA POR LOS BENEFICIOS

La acumulación incesante de capital por la acumulación incesante de capital puede parecer a primera vista un objetivo socialmente absurdo. Sin embargo ha tenido sus defensores, que habitualmente lo han justificado por los beneficios sociales a largo plazo a los que pretendía conducir. Analizaremos más adelante hasta qué punto estos beneficios sociales son reales. Sin embargo, dejando a un lado cualquier beneficio colectivo, está claro que amasar un capital permite un consumo muy incrementado a muchos individuos (y/o pequeños grupos). Que el consumo incrementado mejore realmente la calidad de vida de los consumidores es otra cuestión, que también pospondremos.

La primera pregunta que plantearemos es: ¿quién obtiene los beneficios individuales inmediatos? Parece razonable afirmar que la mayoría de las personas no han esperado a una valoración de los beneficios *a largo plazo* o de la calidad de vida resultante de tal consumo (ya sea para la colectividad o para los individuos) para decidir que vale la pena luchar por los beneficios individuales inmediatos tan obviamente asequibles. De hecho, éste ha sido el eje de la lucha política dentro del capitalismo histórico. Esto es en realidad lo que queremos decir cuando afirmamos que el capitalismo histórico es una civilización materialista.

En términos materiales no sólo han sido grandes las recompensas para quienes han llegado en cabeza: también las diferencias entre las recom-

pensas materiales de los de arriba y los de abajo han sido grandes y se han hecho mayores con el tiempo en el conjunto del sistema mundial.

Ya hemos analizado los procesos económicos que explicaban esta polarización de la distribución de las recompensas. Ahora deberíamos centrar nuestra atención en cómo se las han arreglado los individuos dentro de tal sistema económico para conseguir ventajas para sí mismos y con ello negárselas a otros. También deberíamos considerar cómo se las han arreglado las víctimas de esta mala distribución, en primer lugar para minimizar sus pérdidas en el funcionamiento del sistema, y, en segundo lugar, para transformar este sistema, responsable de tan manifiestas injusticias.

¿Cómo han llevado a cabo los individuos, o los grupos de individuos, sus luchas políticas en el capitalismo histórico? Hacer política es tratar de cambiar las relaciones de poder en un sentido más favorable para los intereses de uno y de este modo reorientar los procesos sociales. Para lograrlo es preciso encontrar palancas de cambio que permitan la máxima ventaja con el mínimo desembolso. La estructura del capitalismo histórico ha sido tal que las palancas de ajuste político más eficaces han sido las estructuras estatales, cuya misma construcción fue, como hemos visto, uno de los logros institucionales centrales del capitalismo histórico. No es pues casual que el control del poder del Estado, la conquista del poder del Estado en caso necesario, haya sido el objetivo estratégico esencial de todos los principales actores en la arena política a lo largo de la historia del capitalismo moderno.

La crucial importancia del poder del Estado para los procesos económicos, aun definidos muy estrictamente, es sorprendente cuando se examina de cerca cómo funcionaba realmente el siste-

ma. El primero y más elemental de los elementos del poder del Estado era la jurisdicción territorial. Los Estados tenían fronteras. Estas fronteras estaban jurídicamente determinadas, en parte mediante la proclamación legal por el Estado en cuestión y en parte mediante el reconocimiento diplomático por otros Estados. Indudablemente, las fronteras podían ser disputadas y habitualmente lo eran: es decir, el reconocimiento jurídico venía de dos fuentes (el propio Estado y los otros Estados) que estaban en conflicto. Tales diferencias eran solventadas en última instancia bien por una sentencia, bien por la fuerza (y la resultante aquiescencia final). Muchas disputas duraban mucho tiempo en forma latente, aun cuando muy pocas de ellas sobrevivían más de una generación. Lo esencial era el perenne presupuesto ideológico por parte de todos de que tales disputas podían ser finalmente zanjadas y de hecho lo eran. Lo conceptualmente impermisible en el sistema de Estados moderno era el reconocimiento explícito de una imbricación permanente de jurisdicciones. La soberanía como concepto se basaba en la ley aristotélica de la exclusión del término medio.

Esta doctrina filosófico-jurídica hizo posible determinar la responsabilidad del control de los movimientos entre las fronteras de los distintos Estados. Cada Estado tenía jurisdicción formal sobre sus propias fronteras en lo referente al movimiento de bienes, capitales y fuerza de trabajo. De aquí que cada Estado pudiera influir hasta cierto punto en las modalidades con las que operaba la división social del trabajo de la economía-mundo capitalista. Además, cada Estado podía ajustar en cualquier momento estos mecanismos simplemente cambiando las normas que regían el flujo de los factores de producción a través de sus fronteras.

Normalmente analizamos estos controles de frontera en función de la antinomia entre ausencia total de controles (libre cambio) y ausencia total de libertad de movimientos (autarquía). En realidad, en la mayoría de las épocas y en la mayoría de los países, la política estatal se ha situado en la práctica entre estos dos extremos. Además, las políticas para los movimientos de bienes, de capitales y de fuerza de trabajo han sido específicamente diferentes. En general, el movimiento de fuerza de trabajo ha estado más restringido que los movimientos de bienes y de capitales.

Desde el punto de vista de un productor determinado, situado en algún lugar de una cadena de mercancías, la libertad de movimientos era deseable mientras este productor fuera económicamente competitivo con los otros productores de las mismas mercancías en el mercado mundial. Pero cuando éste no era el caso, las diversas restricciones fronterizas frente a los productores rivales podían elevar los costes de éstos y beneficiar a un productor por lo demás menos eficiente. Dado que, por definición, en un mercado en el que había múltiples productores de una determinada mercancía, una mayoría sería menos eficiente que una minoría, siempre ha habido una constante presión para imponer restricciones mercantilistas a la libertad de movimientos a través de las fronteras. De aquí que la primera gran lucha —una lucha feroz y continua— tuviera como eje la política estatal de fronteras. Dado que, sin embargo, la minoría más eficiente era relativamente rica y poderosa, siempre ha habido otra presión opuesta para abrir las fronteras o, más específicamente, para abrir algunas fronteras. Dado, además, que cualquier conjunto de productores (y especialmente el de los ricos y poderosos) se veía directamente afectado por la política estatal de fronteras no sólo de los Estados en los que estaba físicamente

localizada su base económica (que podían o no ser los mismos de los que eran ciudadanos), sino también de las de muchos otros Estados, determinados productores económicos estaban interesados en perseguir sus objetivos políticos simultáneamente en varios Estados, y a menudo en muchos de ellos. La idea de que cada individuo debería limitar su participación política a su propio Estado era profundamente antitética para quienes perseguían la acumulación de capital por la acumulación de capital.

Por supuesto, una forma de alterar las reglas sobre lo que podía o no cruzar las fronteras, y en qué condiciones, era cambiar las fronteras a través de la incorporación total de un Estado por otro (unificación, *Anschluss*, colonización), a través de la apropiación de un territorio o a través de la secesión o la descolonización. El hecho de que los cambios de fronteras tengan un impacto inmediato en los esquemas de la división social del trabajo en la economía-mundo ha sido un factor esencial en las consideraciones de quienes se han opuesto a un determinado cambio de fronteras o lo han defendido. El hecho de que una movilización ideológica en torno a la definición de las naciones pueda hacer más o menos posibles ciertos cambios específicos de fronteras ha dado un contenido económico inmediato a los movimientos nacionalistas, en la medida en que tanto los participantes como otros han pensado en la posibilidad de una política estatal específica tras el proyectado cambio de fronteras.

El segundo elemento del poder del Estado de fundamental importancia para el funcionamiento del capitalismo histórico ha sido el derecho legal de los Estados a determinar las normas que rigen las relaciones sociales de producción dentro de su jurisdicción territorial. Las estructuras de Estado modernas se arrogaron este derecho a revocar o

modificar cualquier conjunto de relaciones consuetudinarias. Como cuestión de derecho, los Estados no reconocían ninguna limitación a su ámbito legislativo fuera de las que ellos mismos se imponían. Incluso allí donde determinadas constituciones hablaban de boquilla de ciertas limitaciones derivadas de unas doctrinas religiosas o del Derecho natural, reservaban a algún organismo o a alguna persona, definidos constitucionalmente, el derecho a interpretar esas doctrinas.

Este derecho a legislar el tipo de control del trabajo no era en modo alguno meramente teórico. Los Estados han usado regularmente este derecho, a menudo de una forma que implicaba una transformación radical de los esquemas existentes. Como era de esperar, en el capitalismo histórico los Estados han legislado de una forma que incrementaba la mercantilización de la fuerza de trabajo, aboliendo diversos tipos de restricciones consuetudinarias a los movimientos de los trabajadores de un puesto a otro. Además, imponían a los trabajadores unas obligaciones fiscales en metálico que a menudo obligaban a ciertos trabajadores a realizar un trabajo asalariado. Pero, por otra parte, como ya hemos visto, los Estados, mediante sus acciones legales, a menudo obstaculizaban también una plena proletarización al imponer limitaciones residenciales o al insistir en que los grupos de parentesco conservaran ciertos tipos de obligaciones hacia sus miembros en materia de asistencia.

Los Estados controlaban las relaciones de producción. Primero legalizaron y más tarde proscribieron ciertas formas de trabajo forzoso (esclavitud, obligación de trabajar en obras públicas, servidumbre temporal, etc.). Crearon reglas que regían los contratos de trabajo, incluyendo garantías y obligaciones recíprocas mínimas y máximas. Decretaron los límites de la movilidad geográfica

de los trabajadores no sólo fuera de sus fronteras, sino también dentro de éstas.

Todas estas decisiones estatales fueron tomadas en relación directa con las implicaciones económicas para la acumulación de capital. Esto se puede comprobar fácilmente examinando el enorme número de debates, registrados cuando ocurrieron, en torno a opciones legales o administrativas alternativas. Además, los Estados han dedicado por lo regular considerables energías en hacer que los grupos recalcitrantes, y más especialmente los trabajadores recalcitrantes, cumplieran sus regulaciones. Rara vez los trabajadores han sido libres de ignorar las restricciones legales que pesaban sobre sus acciones. Muy al contrario: la rebelión de los trabajadores, individual o colectiva, pasiva o activa, ha provocado habitualmente una pronta respuesta represiva por parte del aparato de Estado. Indudablemente, los movimientos de la clase obrera organizada podían, con el tiempo, imponer ciertas limitaciones a la actividad represiva, así como conseguir que las reglas fueran modificadas en cierta medida en su favor, pero tales movimientos obtenían en buena medida estos resultados gracias a su capacidad de afectar a la composición política de los aparatos de Estado.

Un tercer elemento del poder de los Estados ha sido la capacidad impositiva. Los impuestos no fueron en modo alguno un invento del capitalismo histórico: las estructuras políticas anteriores también utilizaron los impuestos como fuente de ingresos para los aparatos de Estado. Pero el capitalismo histórico transformó los impuestos en dos sentidos. Los impuestos se convirtieron en la principal (y de hecho aplastante) fuente regular de ingresos estatales, en contraposición a los ingresos estatales derivados de la incautación irregular por la fuerza a personas dentro o fuera de la jurisdicción oficial del Estado (incluyendo la

incautación a otros Estados). En segundo lugar, los impuestos han sido un fenómeno en constante expansión a lo largo del desarrollo histórico de la economía-mundo capitalista en cuanto porcentaje del valor total creado o acumulado. Esto significa que los Estados han sido importantes en función de los recursos que controlaban, dado que los recursos no sólo les permitían aumentar la acumulación de capital, sino que eran a su vez distribuidos y por consiguiente entraban directa o indirectamente en la nueva acumulación de capital.

Los impuestos eran un poder que atraía la hostilidad y la resistencia hacia la propia estructura estatal, a la que veía como una especie de villano incorpóreo que se apropiaba de los frutos del trabajo de otros. Lo que hay que tener siempre presente es que había fuerzas fuera del Gobierno que presionaban para que hubiese determinados impuestos, porque el proceso llevaría a una redistribución directa para ellos o permitiría al Gobierno crear economías externas que mejorarían su posición económica o penalizarían a otros de una forma económicamente favorable al primer grupo. En resumen, la capacidad impositiva era uno de los medios más inmediatos por los que el Estado ayudaba directamente al proceso de acumulación de capital anteponiendo unos grupos a otros.

Los poderes redistributivos del Estado han sido analizados en la mayor parte de los estudios únicamente en función de su potencial de nivelación. Este es el lema del Estado de bienestar. Pero la redistribución ha sido mucho más utilizada, de hecho, como mecanismo para polarizar la distribución que como mecanismo para hacer que converjan los ingresos reales. Son tres los mecanismos principales que han incrementado la polarización de las recompensas *por encima* de la polarización ya resultante del funcionamiento normal del mercado capitalista.

En primer lugar, los gobiernos han podido amasar, a través del proceso impositivo, grandes sumas de capital que han redistribuido entre personas o grupos que eran ya grandes propietarios de capital, a través de las subvenciones oficiales. Estas subvenciones han tomado la forma de donativos abiertos, por lo general con la poco convincente excusa del pago de un servicio público (lo que implica esencialmente el sobrepago de este servicio). Pero también han tomado la forma menos directa de la asunción por parte del Estado de los costes de desarrollo del producto, que probablemente podrían haber sido amortizados por una lucrativa venta posterior, para traspasar luego la actividad económica a empresarios no estatales a un coste nominal precisamente en el punto de conclusión de la fase de desarrollo costoso.

En segundo lugar, los gobiernos han podido amasar grandes sumas de capital a través de unos canales formalmente legales y a menudo legalizados de imposición que se han convertido luego en terreno abonado para una malversión a gran escala, ilegal, pero de hecho ilimitada, de fondos públicos. Este robo de rentas públicas, así como los correspondientes procedimientos impositivos corruptos a nivel privado han sido una importante fuente de acumulación privada de capital a lo largo del capitalismo histórico.

Finalmente, los gobiernos han redistribuido las rentas entre los ricos utilizando el principio de la individualización de la ganancia para la socialización del riesgo. A lo largo de toda la historia del sistema capitalista, cuanto mayor ha sido el riesgo —y las pérdidas— más probable ha sido que el Gobierno interviniera para impedir bancarrotas e incluso para restituir pérdidas, aunque sólo fuera por el trastorno financiero que deseaba evitar.

Aunque estas prácticas de redistribución antiigualitarias han sido el lado vergonzoso del poder

del Estado (vergonzoso en el sentido de que los gobiernos se sentían un tanto embarazados por estas actividades y trataban de mantenerlas ocultas), la provisión de capital social general por parte de los gobiernos ha sido abiertamente esgrimida e incluso defendida como un papel esencial del Estado en el mantenimiento del capitalismo histórico.

Desembolsos esenciales para la reducción de los costes de múltiples grupos de propietarios-productores —por ejemplo, la energía básica, el transporte y la infraestructura informativa de la economía-mundo— han sido en buena medida realizados y costeados con fondos públicos. Aunque sin duda es cierto que la mayoría de las personas han sacado *algún* beneficio de este capital social general, no es cierto que todas ellas hayan sacado el mismo beneficio. La ventaja ha correspondido, de modo desproporcionado, a aquéllos que ya eran grandes propietarios de capital al tiempo que eran pagados con un sistema impositivo mucho más igualitario. De aquí que la construcción de un capital social general haya servido para fomentar la acumulación de capital y su concentración.

Finalmente, los Estados han monopolizado, o tratado de monopolizar, las fuerzas armadas. Mientras que las fuerzas policiales eran orientadas en buena medida hacia el mantenimiento del orden interior (es decir, la aceptación por parte de los trabajadores de los papeles y las recompensas que les habían sido asignados), los ejércitos han sido mecanismos mediante los cuales los productores de un Estado han podido influir directamente en la posibilidad de que sus competidores en otros Estados tuvieran que solicitar la cobertura protectora de sus propios aparatos de Estado. Esto nos lleva al último rasgo del poder estatal, que ha sido crucial. Aunque los tipos de poder que ha ejercido cada Estado han sido similares, el grado de poder

de cada aparato de Estado ha variado enormemente. Los Estados han estado situados en una jerarquía de poder efectivo que no puede ser medida ni por el tamaño y la coherencia de sus burocracias y ejércitos ni por sus formulaciones ideológicas acerca de sí mismos, sino por su capacidad efectiva de fomentar con el tiempo la concentración de capital acumulado dentro de sus fronteras en comparación con los Estados rivales. Esta capacidad efectiva ha llevado consigo la capacidad de refrenar a las fuerzas militares hostiles, la capacidad de aplicar regulaciones ventajosas en el propio Estado e impedir a otros Estados hacer lo mismo, y la capacidad de refrenar a sus propios trabajadores y reducir la capacidad de los rivales de hacer otro tanto. El verdadero criterio para medir su fuerza es su resultado económico a medio plazo. El uso abierto de la fuerza por parte del aparato de Estado para controlar a sus propios trabajadores, técnica costosa y desestabilizadora, es con más frecuencia un signo de debilidad que de fuerza. Los aparatos de Estado verdaderamente fuertes han podido, de una u otra forma, controlar a sus trabajadores por medio de mecanismos más sutiles.

Hay, pues, muchos aspectos diferentes en los que el Estado ha sido un mecanismo crucial para la acumulación máxima de capital. De acuerdo con su ideología, se suponía que el capitalismo implicaba la actividad de unos empresarios privados liberados de la interferencia de los aparatos de Estado. En la práctica, sin embargo, esto no ha sido nunca realmente cierto en ninguna parte. Es inútil especular con que el capitalismo podría haber florecido sin el papel activo del Estado moderno. En el capitalismo histórico, los capitalistas han contado con su capacidad de utilizar los aparatos de Estado en beneficio propio en las diversas formas que hemos esbozado.

Un segundo mito ideológico ha sido el de la soberanía del Estado. El Estado moderno no fue nunca una entidad política completamente autónoma. Los Estados se desarrollaron y fueron configurados como partes integrantes de un sistema interestatal, que era un conjunto de reglas dentro de las cuales los Estados tenían que actuar y un conjunto de legitimaciones sin las cuales los Estados no podían sobrevivir. Desde el punto de vista del aparato de Estado de un determinado Estado, el sistema interestatal representaba restricciones a su voluntad. Estas restricciones habían de ser buscadas en las prácticas de la diplomacia, en las reglas formales que regían las jurisdicciones y los contratos (Derecho internacional) y en los límites al modo y las circunstancias en que se podía librar una guerra. Todas estas restricciones iban en contra de la ideología oficial de la soberanía. Sin embargo, la soberanía no fue nunca entendida como una total autonomía. El concepto fue más bien entendido como la existencia de límites a la legitimidad de la interferencia de un aparato de Estado en el funcionamiento de otro.

Las reglas del sistema interestatal no eran aplicadas, por supuesto, por consentimiento o consenso, sino por la voluntad y la capacidad de los Estados más fuertes de imponer estas restricciones, en primer lugar a los Estados más débiles, y en segundo lugar a cualquier otro. Recordemos que los Estados estaban situados en una jerarquía de poder. La misma existencia de esta jerarquía proporcionaba la principal limitación a la autonomía de los Estados. Sin duda, la situación global podía inclinarse hacia la desaparición del poder de los Estados en la medida en que la jerarquía se construía con una cúspide piramidal y no con una meseta en lo alto. Esta posibilidad no era hipotética, ya que la dinámica de la concentración del poder militar llevaba a intentos reiterados de

transformar el sistema interestatal en un imperio-mundo.

Si tales intentos no tuvieron nunca éxito en el capitalismo histórico fue porque la base estructural del sistema económico y los intereses claramente percibidos de los principales acumuladores de capital eran fundamentalmente contrarios a una transformación de la economía-mundo en un imperio-mundo.

Ante todo, la acumulación de capital era un juego en el que había constantes incentivos para entrar en competencia y por tanto siempre había una cierta dispersión de las actividades productivas más rentables. De aquí que, en todas las épocas, numerosos Estados tendieran a tener una base económica que los hacía relativamente fuertes. En segundo lugar, los acumuladores de capital, en cualquier Estado, utilizaban sus propias estructuras estatales para que los ayudaran a acumular capital, pero también necesitaban algún sistema de control *contra* sus propias estructuras estatales. Pues si su aparato de Estado se hacía demasiado fuerte podía, por razones de equilibrio político interno, sentirse libre de responder a presiones igualitarias internas. Frente a esta amenaza, los acumuladores de capital necesitaban la amenaza de burlar a su propio aparato de Estado estableciendo alianzas con otros aparatos de Estado. Esta amenaza sólo era posible cuando no había un único Estado que dominara el conjunto.

Estas consideraciones formaban la base objetiva del llamado equilibrio de poder, por el cual entendemos que los numerosos Estados fuertes y semifuertes en el sistema interestatal en todo momento han tendido a establecer alianzas (o, en caso de necesidad, a variarlas) de forma que ningún Estado por sí solo pudiera dominar a todos los demás.

Que el equilibrio de poder se mantenía gracias a algo más que a una mera ideología política es algo que podemos ver si observamos los tres casos en que uno de los Estados fuertes consiguió temporalmente un relativo dominio sobre los demás, relativo dominio que podemos llamar hegemonía. Los tres casos son la hegemonía de las Provincias Unidas (Países Bajos) a mediados del siglo XVII, la de Gran Bretaña a mediados del siglo XIX y la de los Estados Unidos a mediados del siglo XX.

En cada uno de los casos, la hegemonía llegó tras la derrota de un pretendiente militar a la conquista (los Habsburgo, Francia, Alemania). Cada una de las hegemonías fue sellada por una «guerra mundial», una lucha masiva, en tierra, sumamente destructiva, intermitente, de treinta años de duración, en la que intervinieron todas las potencias militares importantes de la época. Estas luchas fueron, respectivamente, la guerra de los Treinta Años de 1618-48, las guerras napoleónicas (1792-1815) y los conflictos del siglo XX entre 1914 y 1945, que deberían ser concebidos como una única y larga «guerra mundial». Hay que señalar que, en cada uno de los casos, el vencedor había sido una potencia primordialmente marítima antes de la «guerra mundial», pero se había transformado en una potencia terrestre a fin de ganar esta guerra contra una potencia terrestre históricamente fuerte que parecía estar tratando de transformar la economía-mundo en un imperio-mundo.

Sin embargo, la base de la victoria no fue militar. La realidad primordial fue de carácter económico: la capacidad de los acumuladores de capital situados en un Estado concreto de competir con ventaja con todos los demás en las tres principales esferas económicas: la producción agroindustrial, el comercio y las finanzas. Específicamente, durante breves períodos los acumuladores de capital en el Estado hegemónico fueron más efi-

cientes que sus competidores situados en otros Estados fuertes, y de este modo se hicieron con los mercados incluso dentro de las áreas «domésticas» de estos últimos. Cada una de estas hegemonías fue breve. Cada una de ella llegó a su fin en buena medida por razones económicas, más que por razones político-militares. En cada uno de los casos, la triple ventaja económica temporal chocó contra dos escollos de la realidad capitalista. En primer lugar, los factores que habían contribuido a la mayor eficiencia económica podían ser siempre copiados por otros —no por los verdaderamente débiles, pero sí por aquellos que tenían una fuerza media— y los últimos en llegar a cualquier proceso económico tienden a tener la ventaja de no tener que amortizar las existencias más antiguas. En segundo lugar, la potencia hegemónica tenía mucho interés en mantener ininterrumpida la actividad económica y por consiguiente tendía a comprar la paz laboral mediante una redistribución interna. Con el tiempo, esto llevó a una reducción de la competitividad que puso fin a la hegemonía. Además, la conversión de la potencia hegemónica en una potencia con «responsabilidades» militares marítimas y terrestres muy amplias implicaba una creciente carga económica para el Estado económico, contrarrestando de este modo su bajo nivel de gastos militares de la «preguerra mundial».

De aquí que el equilibrio de poder —constructivo tanto para los Estados débiles como para los fuertes— no fuera un epifenómeno político que pudiera ser fácilmente contrarrestado. Estaba arraigado en las formas mismas de acumulación del capital en el capitalismo histórico. Tampoco era el equilibrio de poder simplemente una relación entre aparatos de Estado, porque los actores dentro de cualquier Estado dado actuaban normalmente más allá de sus propias fronteras, bien

directamente, bien a través de alianzas con actores de otras partes. Por consiguiente, al valorar la política de un Estado dado, la distinción entre lo interno y lo externo resulta excesivamente formal y no es demasiado útil para que entendamos cómo ocurrieron realmente las luchas políticas.

Pero, de hecho, ¿quién luchaba con quién? Esta no es una pregunta tan obvia como se podría pensar, a causa de las presiones contradictorias dentro del capitalismo histórico. La lucha más elemental, y en ciertos aspectos la más obvia, fue la que se libró entre el pequeño grupo de los grandes beneficiarios del sistema y el amplio grupo de sus víctimas. Esta lucha se desarrolla bajo muchos nombres y disfraces. Allí donde la línea divisoria entre los acumuladores de capital y sus trabajadores dentro de un Estado determinado está trazada con bastante claridad, hemos tendido a llamar a esto una lucha de clases entre capital y trabajo. Esta lucha de clases tuvo lugar en dos escenarios: la arena económica (tanto en el lugar de trabajo real como en el «mercado» amorfo más amplio) y la arena política. Está claro que en la arena económica ha habido un conflicto de intereses directo, lógico e inmediato. Cuanto mayor era la remuneración de los trabajadores, menos excedente quedaba como «ganancia». Sin duda, este conflicto ha sido amortiguado a menudo por consideraciones a más largo plazo y a más amplia escala. El acumulador de capital tenía intereses comunes con sus trabajadores frente a otros pares de otras partes del sistema. Y una mayor remuneración a los trabajadores podía en ciertas circunstancias retornar a los acumuladores de capital como ganancia diferida, a través del mayor poder adquisitivo global en la economía-mundo. Sin embargo, ninguna de estas otras consideraciones ha podido eliminar jamás el hecho de que la división de un

excedente dado fuera de suma nula, y por consiguiente la tensión ha sido forzosamente continua. Así pues, ha encontrado una expresión continua en la competencia por el poder político dentro de los diversos Estados.

Sin embargo, dado que, como sabemos, el proceso de la acumulación de capital ha llevado a su concentración en algunas zonas geográficas, dado que el intercambio desigual que explica esto ha sido posible gracias a la existencia de un sistema interestatal que contiene una jerarquía de Estados, y dado que los aparatos de Estado tienen un poder limitado para alterar el funcionamiento del sistema, la lucha entre los acumuladores de capital a nivel mundial y los trabajadores a nivel mundial ha encontrado también una clara expresión en los esfuerzos de diversos grupos por llegar al poder dentro de determinados Estados (más débiles) a fin de utilizar el poder del Estado contra los acumuladores de capital situados en los Estados más fuertes. Siempre que esto ha ocurrido, hemos tendido a hablar de luchas antiimperialistas. Sin duda, aquí también la cuestión ha sido a menudo oscurecida por el hecho de que las líneas internas de cada uno de los dos Estados implicados no siempre han coincidido exactamente con el impulso que se encuentra tras la lucha de clases en la economía-mundo en su conjunto. Algunos acumuladores de capital del Estado más débil y algunos elementos de los trabajadores en el más fuerte descubrieron ventajas a corto plazo en definir las cuestiones políticas en términos puramente nacionales en lugar de definirlas en términos clase-nacionales. Pero los grandes impulsos movilizadores de los movimientos «antiimperialistas» no fueron nunca posibles, y por consiguiente rara vez se alcanzaron ni siquiera objetivos limitados, salvo que el contenido de clase de la lucha estuviera pre-

sente y fuera usado, al menos implícitamente, como tema ideológico.

Hemos observado también que el proceso de formación de grupos étnicos estuvo estrechamente unido al de formación de la fuerza de trabajo en determinados Estados, sirviendo como código aproximado de posición en las estructuras económicas. Por consiguiente, siempre que esto se ha producido de forma más agudizada o cuando las circunstancias han ejercido una presión más fuerte a corto plazo sobre la supervivencia, los conflictos entre los acumuladores de capital y los sectores más oprimidos de la fuerza de trabajo han tendido a tomar la forma de luchas lingüístico racial-culturales, dado que estos elementos de descripción están en estrecha correlación con la pertenencia a una clase. Allí donde esto ha ocurrido y siempre que esto ha ocurrido, hemos tendido a hablar de luchas étnicas o nacionalistas. Sin embargo, exactamente igual que en el caso de las luchas antiimperialistas, estas luchas rara vez han tenido éxito, a menos que pudieran movilizar los sentimientos que surgían de la lucha de clases subyacente por la apropiación del excedente producido dentro del sistema capitalista.

Sin embargo, si sólo prestamos atención a la lucha de clases, porque es a la vez obvia y fundamental, perderemos de vista otra lucha política que ha absorbido al menos tanto tiempo y energía como aquélla en el capitalismo histórico. Porque el sistema capitalista es un sistema que ha enfrentado a unos con otros a todos los acumuladores de capital. Dado que el modo por el cual se lleva a cabo la acumulación incesante de capital es el de realizar ganancias a partir de una actividad económica, frente a los esfuerzos de otros competidores, ningún empresario individual ha podido jamás ser otra cosa que el voluble aliado de otros

empresarios, so pena de ser eliminado de la escena competitiva por completo.

Empresario contra empresario, sector económico contra sector económico, empresarios de un Estado o grupo étnico contra empresarios de otro: la lucha ha sido incesante por definición. Y esta lucha incesante ha asumido constantemente una forma política, precisamente por el papel central de los Estados en la acumulación de capital. Algunas veces, estas luchas dentro de los Estados han sido simplemente luchas entre el personal de los aparatos de Estado y en torno a una política de Estado a corto plazo. Otras veces, sin embargo, han sido luchas en torno a cuestiones «constitucionales» más amplias que determinan las reglas que rigen la dirección de las luchas a más corto plazo y, por tanto, la probabilidad de que prevalezca una u otra facción. Siempre que estas luchas han sido «constitucionales» por naturaleza, han requerido una mayor movilización ideológica. En estos casos, se oye hablar de «revoluciones» y «grandes reformas» y al bando perdedor se le cuelgan a menudo etiquetas ignominiosas (pero analíticamente inadecuadas). En la medida en que las luchas políticas, pongamos por caso por la «democracia» o la «libertad» contra el «feudalismo» o la «tradición», no han sido luchas de la clase obrera contra el capitalismo, han sido esencialmente luchas entre los acumuladores de capital por la acumulación de capital. Tales luchas no han sido el triunfo de una burguesía «progresista» contra unos estratos reaccionarios, sino luchas *intra*burguesas.

Por supuesto, el uso de consignas ideológicas «universalizadoras» acerca del progreso ha sido útil desde el punto de vista político. Ha sido una forma de asociar la movilización de la lucha de clases a uno de los bandos en las luchas entre acumuladores. Pero esta ventaja ideológica ha resultado a menudo un arma de dos filos que ha

desencadenado pasiones y ha debilitado las restricciones represivas de la lucha de clases. Este ha sido, por supuesto, uno de los dilemas constantes de los acumuladores de capital en el capitalismo histórico. Se han visto obligados por el funcionamiento del sistema a actuar con solidaridad de clase entre sí frente a los esfuerzos de los trabajadores por imponer unos intereses contrarios, y simultáneamente a luchar sin cesar entre sí tanto en el terreno económico como en el político. Esto es exactamente lo que entendemos por contradicción dentro del sistema.

Muchos analistas, al advertir que hay luchas distintas de las luchas de clases que absorben buena parte de las energías políticas gastadas en total, han llegado a la conclusión de que el análisis de clase es de dudosa utilidad para comprender la lucha política. Esta es una curiosa inferencia. Parecería más sensato llegar a la conclusión de que estas luchas políticas que no tienen una base de clase, es decir, las luchas entre acumuladores por conseguir una ventaja política, son prueba de una grave debilidad política estructural dentro de la clase de los acumuladores en su actual lucha de clases a nivel mundial.

Estas luchas políticas pueden ser redefinidas como luchas por configurar las estructuras institucionales de la economía-mundo capitalista a fin de construir el tipo de mercado mundial cuyo funcionamiento beneficie automáticamente a determinados actores económicos. El «mercado» capitalista no ha sido nunca algo dado y menos aún una constante. Ha sido una creación regularmente reelaborada y ajustada.

En cualquier momento dado, el «mercado» ha representado un conjunto de reglas o restricciones resultantes de la compleja interacción de cuatro importantes conjuntos de instituciones: los múltiples Estados vinculados en un sistema interes-

tatal; las múltiples «naciones», ya sean plenamente reconocidas o luchen por esta definición pública (incluyendo como subnaciones a los «grupos étnicos»), en difícil e incierta relación con los Estados; las clases, con un perfil ocupacional en evolución y grados oscilantes de conciencia; y las unidades con unos ingresos comunes que participan en una unidad doméstica común y combinan a múltiples personas que participan en múltiples formas de trabajo y obtienen ingresos de múltiples fuentes, en difícil relación con las clases.

En esta constelación de fuerzas institucionales no había estrellas polares. No había entidades «primordiales» que tendieran a prevalecer sobre las formas institucionales por las que presionaban los acumuladores de capital en tándem con, y en oposición a, la lucha de los trabajadores para resistirse a la apropiación de su producto económico. Los límites de cada una de las variantes de una forma institucional, los «derechos» que legalmente y *de facto* podía reinvidicar, variaban sustancialmente de una zona a otra de la economía-mundo tanto a lo largo del tiempo cíclico como del secular. Si la cabeza del analista cuidadoso da vueltas al contemplar esta vorágine institucional, puede mantener el rumbo recordando que en el capitalismo histórico los acumuladores no han tenido objeto más elevado que fomentar la acumulación y que los trabajadores no han podido tener por tanto objeto más elevado que sobrevivir y reducir su carga. Una vez recordado esto, se puede entender muy bien la historia política del mundo moderno.

En particular, se puede comenzar a apreciar en su complejidad las posiciones perifrásticas y a menudo paradójicas o contradictorias de los movimientos antisistémicos que han surgido en el capitalismo histórico. Comencemos con el dilema más elemental de todos. El capitalismo histórico

ha operado dentro de una economía-mundo, pero no dentro de un Estado-mundo. Muy al contrario. Como hemos visto, las presiones estructurales han actuado en contra de la construcción de un Estado-mundo. Muy al contrario, las presiones estructurales se han opuesto, como hemos visto, a la construcción de un Estado-mundo. Dentro de este sistema, hemos subrayado el papel crucial de los múltiples Estados, a la vez las estructuras políticas más poderosas y sin embargo de limitado poder. De aquí que la reestructuración de unos Estados dados representara para los trabajadores la vía más prometedora para mejorar su posición y al mismo tiempo una vía de valor limitado.

Debemos comenzar examinando lo que podríamos entender por un movimiento antisistémico. La palabra movimiento implica algún impulso colectivo de naturaleza algo más que momentánea. De hecho, en todos los sistemas históricos conocidos se han producido, por supuesto, protestas o levantamientos de algún modo espontáneos de los trabajadores. Han servido como válvulas de seguridad para la ira contenida; o en ocasiones, de un modo algo más eficaz, como mecanismos que han puesto límites secundarios a procesos de explotación. Pero en términos generales, la rebelión como técnica sólo ha funcionado en los márgenes de la autoridad central, en especial cuando las burocracias centrales estaban en fase de desintegración.

La estructura del capitalismo histórico cambió algunos de estos datos. El hecho de que los Estados estuvieran situados en un sistema interestatal hacía que las repercusiones de las rebeliones o levantamientos se dejaran sentir, a menudo muy rápidamente, más allá de los confines de la jurisdicción política inmediata dentro de la cual ocurrían. Las llamadas fuerzas «exteriores» tenían pues poderosos motivos para acudir en ayuda de

los aparatos de Estado atacados. Esto hacía más difíciles las rebeliones. Por otra parte, la intromisión de los acumuladores de capital, y por consiguiente de los aparatos de Estado, en la vida diaria de los trabajadores era mucho más intensa en general bajo el capitalismo histórico que bajo los sistemas históricos anteriores. La incesante acumulación de capital llevaba a repetidas presiones para reestructurar la organización (y la ubicación) del trabajo, para incrementar la cantidad de trabajo absoluto y para llevar a cabo la reconstrucción psico-social de la fuerza de trabajo. En este sentido, para la mayor parte de los trabajadores del mundo, la dislocación, la desarticulación y la explotación eran aún mayores. Al mismo tiempo, la dislocación social socavaba los modos conciliadores de socialización. En conjunto, pues, los motivos para rebelarse eran reforzados, a pesar de que las posibilidades de éxito se veían quizá objetivamente reducidas.

Fue esta tensión suplementaria la que llevó a la gran innovación en la tecnología de la rebelión que se desarrolló en el capitalismo histórico. Esta innovación fue el concepto de organización permanente. No es sino en el siglo XIX cuando comenzamos a ver cómo se crean unas estructuras históricas continuas y burocratizadas en sus dos grandes variantes históricas: los movimientos obreros socialistas y los movimientos nacionalistas. Ambos tipos de movimiento hablaban un lenguaje universal, esencialmente el de la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad. Ambos tipos de movimiento se arropaban con la ideología de la Ilustración: la inevitabilidad del progreso, es decir, la emancipación humana justificada por unos derechos humanos inherentes. Ambos tipos de movimiento apelaban al futuro frente al pasado, a lo nuevo frente a lo viejo. Incluso cuando era evo-

cada la tradición, lo era como la base de un renacimiento.

Cada uno de los dos tipos de movimiento tenía, bien es cierto, un interés diferente y, por tanto, en principio, un escenario diferente. Los movimientos obreros socialistas se interesaban por los conflictos entre los trabajadores asalariados, urbanos, sin tierras (el proletariado) y los propietarios de las estructuras económicas en las que trabajaban (la burguesía). Estos movimientos insistían en que el reparto de recompensas por el trabajo era fundamentalmente desigual, opresivo e injusto. Era natural que tales movimientos surgieran primero en aquellas partes de la economía-mundo que tenían una fuerza de trabajo industrial significativa, y en particular en Europa occidental.

Los movimientos nacionalistas se interesaban por los conflictos entre los numerosos «pueblos oprimidos» (definidos en función de unas características lingüísticas y/o religiosas) y los «pueblos» dominantes de una jurisdicción política dada, al tener los primeros muchos menos derechos políticos, oportunidades económicas y formas legítimas de expresión cultural que los segundos. Estos movimientos insistían en que el reparto de «derechos» era fundamentalmente desigual, opresivo e injusto. Era natural que tales movimientos surgieran primero en aquellas regiones semiperiféricas de la economía-mundo, tales como el Imperio austro-húngaro, donde la distribución desigual de los grupos étnicos nacionales en la jerarquía del reparto del trabajo era más obvia.

En general, hasta hace muy poco, estos dos tipos de movimiento se han considerado a sí mismos muy diferentes entre sí e incluso antagónicos. Las alianzas entre ellos eran juzgadas tácticas y temporales. Sin embargo, desde un principio resulta sorprendente hasta qué punto ambos tipos de movimiento compartían ciertas semejanzas es-

tructurales. En primer lugar, tras largos debates, tanto el movimiento obrero socialista como el nacionalista adoptaron la decisión básica de convertirse en organizaciones y la decisión concurrente de que su objetivo político más importante era la toma del poder estatal (aun cuando, en el caso de algunos movimientos nacionalistas, esto implicara la creación de nuevas fronteras estatales). En segundo lugar, la decisión sobre la estrategia a seguir —la toma del poder— exigía que estos movimientos movilizaran a las fuerzas populares sobre la base de una ideología contraria al sistema, esto es, revolucionaria. Estaban en contra del sistema existente —el capitalismo histórico—, construido sobre unas desigualdades estructuradas y básicas entre capital y trabajo, centro y periferia, que los movimientos trataban de superar.

Por supuesto, en un sistema desigual hay siempre dos formas en que un grupo de bajo rango puede tratar de salir de su bajo rango. Puede tratar de reestructurar el sistema de modo que todos tengan igual rango. O puede tratar simplemente de desplazarse hacia un rango superior en la distribución desigual. Como sabemos, los movimientos antisistémicos, por mucho que se interesaran por objetivos igualitarios, siempre incluyeron elementos cuyo objetivo, inicial o finalmente, eran tan sólo tener una «movilidad ascendente» dentro de la jerarquía existente. Los propios movimientos siempre han sido conscientes de esto. Sin embargo, han tendido a analizar este problema en términos de motivaciones personales: los puros de corazón contra los traidores a la causa. Pero cuando en el análisis los «traidores a la causa» parecen omnipresentes en todos los ejemplos de movimientos tal como se han desarrollado históricamente, uno se siente inclinado a buscar explicaciones estructurales y no motivacionales.

La clave del problema puede estar de hecho en la decisión estratégica básica de hacer de la toma del poder estatal el eje de las actividades del movimiento. La estrategia tuvo dos consecuencias fundamentales. En la fase de movilización, incitó a todos los movimientos a establecer alianzas tácticas con grupos que en modo alguno eran «antisistémicos» con el fin de alcanzar su objetivo estratégico. Estas alianzas modificaron la estructura de los propios movimientos antisistémicos, incluso en el estadio de la movilización. Y lo que es aún más importante, en muchos casos la estrategia triunfó finalmente. Muchos de los movimientos consiguieron un poder estatal parcial o incluso total. Estos movimientos triunfantes se enfrentaron entonces a la realidad de las limitaciones del poder estatal dentro de la economía-mundo capitalista. Se dieron cuenta de que el funcionamiento del sistema interestatal los obligaba a ejercer su poder de una forma que modificaba los objetivos «antisistémicos» que eran su razón de ser.

Esto parece tan obvio que hay que preguntarse por qué los movimientos basaron su estrategia en un objetivo aparentemente tan contraproducente. La respuesta era muy sencilla: dada la estructura política del capitalismo histórico, no tenían mucha elección. No parecía haber una estrategia alternativa más prometedora. La toma del poder estatal prometía al menos cambiar el equilibrio de poder entre los grupos contendientes. Es decir, la toma del poder representaba una *reforma* del sistema. Las reformas de hecho mejoraban la situación, pero siempre a costa de reforzar también el sistema.

¿Podemos resumir, pues, la labor de los movimientos antisistémicos en el mundo durante ciento cincuenta años simplemente como el reforzamiento del capitalismo histórico a través del reformismo? No, pero esto se debe a que la polí-

tica del capitalismo histórico ha sido algo más que la política de los diversos Estados. Ha sido también la política del sistema interestatal. Los movimientos antisistémicos han existido desde un principio no sólo a nivel individual, sino también como un todo colectivo, aunque nunca organizados burocráticamente. (Las múltiples internacionales no han incluido nunca a la totalidad de estos movimientos.) Un factor clave en la fuerza de cualquier movimiento ha sido siempre la existencia de otros movimientos.

La existencia de otros movimientos ha proporcionado a cualquier movimiento dado tres tipos de apoyo. El más obvio es el material: útil, pero tal vez de mínima importancia. Un segundo apoyo es el de la diversión. La capacidad de un Estado fuerte de intervenir frente a un movimiento antisistémico situado en un Estado débil, por ejemplo, ha estado siempre en función de cuántas otras cosas figuraran en su agenda política inmediata. Cuanto más ocupado estaba un Estado con un movimiento local, menos capaz era de ocuparse de un movimiento distante antisistémico. El tercero y más fundamental de los apoyos es el que se da al nivel de las mentalidades colectivas. Los movimientos aprendían de los errores de los otros y eran estimulados por los éxitos tácticos de los otros. Y los esfuerzos de los movimientos a nivel mundial afectaban al clima político básico a nivel mundial: las expectativas, el análisis de las posibilidades.

Cuando estos movimientos crecieron en número, en historia y en éxitos tácticos, parecieron más fuertes como fenómeno colectivo, y porque parecían más fuertes lo fueron. La mayor fuerza colectiva a nivel mundial sirvió de freno a las tendencias «revisionistas» de los movimientos que tenían el poder estatal —nada más, pero nada menos, que eso— y esto tuvo un efecto mayor de debili-

tamiento de la estabilidad política del capitalismo histórico que la suma de los efectos de reforzamiento del sistema de la toma del poder estatal por los sucesivos movimientos individuales.

Finalmente entró en acción otro factor. A medidad que las dos variedades de movimientos antisistémicos se propagaban (los movimientos obreros socialistas desde unos pocos Estados fuertes a todos los demás, y los movimientos nacionalistas desde unas pocas zonas periféricas a todas las demás), la distinción entre los dos tipos de movimiento se hacía cada vez más borrosa. Los movimientos obreros socialistas descubrieron que los temas nacionalistas eran centrales para sus esfuerzos de movilización y su ejercicio del poder estatal. Pero los movimientos nacionalistas descubrieron lo contrario. A fin de movilizar eficazmente y gobernar, tenían que canalizar las preocupaciones de los trabajadores por una reestructuración igualitaria. A medida que los temas comenzaban a superponerse a las formas organizativas características tendían a desaparecer o a fundirse en una sola estructura, la fuerza de los movimientos antisistémicos, especialmente como conjunto colectivo a nivel mundial, se incrementaba espectacularmente.

Uno de los puntos fuertes de los movimientos antisistémicos es que han llegado al poder en un gran número de Estados. Esto ha cambiado la política vigente en el sistema mundial. Pero este punto fuerte ha sido también su punto débil, dado que los llamados regímenes posrevolucionarios continúan funcionando como parte de la división social del trabajo del capitalismo histórico. Por tanto, han actuado, queriendo o sin querer, bajo las implacables presiones de la tendencia a la acumulación incesante de capital. La consecuencia política a nivel interno ha sido la continuada explotación de los trabajadores, aunque de una for-

ma reducida y mejorada en muchos casos. Esto ha llevado a tensiones internas paralelas a las existentes en Estados que no eran «posrevolucionarios», y esto a su vez ha provocado la aparición de nuevos movimientos antisistémicos dentro de estos Estados. La lucha por los beneficios ha proseguido tanto en estos Estados posrevolucionarios como en todas partes, porque, dentro del marco de la economía-mundo capitalista, los imperativos de la acumulación han operado *a lo largo* del sistema. Los cambios en las estructuras estatales han alterado la política de la acumulación, pero todavía no han sido capaces de terminar con ella.

Inicialmente, dejamos para más tarde las preguntas: ¿hasta qué punto han sido reales los beneficios en el capitalismo histórico? ¿Hasta qué punto ha sido importante el cambio en la calidad de vida? Ahora debería estar claro que no existe una respuesta sencilla. «¿Para quién?», deberíamos preguntar. El capitalismo histórico ha implicado una creación monumental de bienes materiales, pero también una polarización monumental de la recompensa. Muchos se han beneficiado enormemente, pero muchos más han conocido una reducción sustancial de sus ingresos reales totales y de la calidad de su vida. La polarización ha sido, por supuesto, también espacial, y de aquí que en algunas áreas haya parecido no existir. Esto también ha sido la consecuencia de una lucha por los beneficios. La geografía del beneficio ha variado frecuentemente, enmascarando de este modo la realidad de la polarización. Pero en el conjunto de la zona tiempo-espacio abarcada por el capitalismo histórico, la acumulación incesante de capital ha significado el ensanchamiento incesante de la distancia real.

3. LA VERDAD COMO OPIO: RACIONALIDAD Y RACIONALIZACION

El capitalismo histórico ha sido, como sabemos, prometeico en sus aspiraciones. Aunque el cambio científico y tecnológico ha sido una constante de la actividad histórica humana, sólo ha sido en el capitalismo histórico donde Prometeo, siempre allí, ha sido «liberado», como dice David Landes. La imagen colectiva básica que tenemos ahora de esta cultura científica del capitalismo histórico es la de que fue propuesta por unos nobles caballeros contra la firme resistencia de las fuerzas de la cultura «tradicional» y acientífica. En el siglo XVII fue Galileo contra la Iglesia; en el XX, el «modernizador» contra el pope. En todo momento se afirmó que se trataba de la «racionalidad» frente a la «superstición» y de la «libertad» frente a la «opresión intelectual». Esta oposición se suponía que era paralela (e incluso idéntica) a la revuelta, en el terreno de la economía política, del empresario burgués contra el terrateniente aristocrático.

Esta imagen básica de una lucha cultural a nivel mundial ha tenido una premisa oculta, relativa a la temporalidad. Se suponía que la «modernidad» era temporalmente nueva, mientras que la «tradición» era temporalmente vieja y anterior a la modernidad; de hecho, en algunas versiones radicales de esta imagen, la tradición era ahistórica y, por tanto, virtualmente eterna. Esta premisa era históricamente falsa y por consiguiente fundamentalmente engañosa. Las múltiples culturas, las múltiples «tradiciones» que han florecido dentro de las fronteras tiempo-espacio del capitalismo histórico,

no han sido más primordiales que los múltiples marcos institucionales. Han sido en gran medida la creación del mundo moderno, parte de su andamiaje ideológico. Por supuesto, ha habido vínculos entre las diversas «tradiciones» y los grupos e ideologías anteriores al capitalismo histórico, en el sentido de que aquéllas a menudo han sido construidas utilizando algunos materiales históricos e intelectuales ya existentes. Además, la reivindicación de tales vínculos transhistóricos ha desempeñado un importante papel en la cohesión de los grupos en sus luchas político-económicas dentro del capitalismo histórico. Pero, si deseamos comprender las formas culturales que adoptan estas luchas, no podemos permitirnos el lujo de tomar las «tradiciones» al pie de la letra, y en particular no podemos permitirnos el lujo de suponer que las «tradiciones» son de hecho tradicionales.

Fue en beneficio de quienes deseaban facilitar la acumulación de capital como se crearon las fuerzas de trabajo en los lugares adecuados y al nivel más bajo posible de remuneración. Hemos analizado ya cómo la remuneración inferior de las actividades económicas periféricas de la economía-mundo fue posible gracias a la creación de unidades domésticas en las que el trabajo asalariado desempeñaba un papel secundario como fuente de ingresos. Una de las formas en que tales unidades fueron «creadas», es decir, presionadas para que se estructuraran, fue la «etnización» de la vida comunitaria en el capitalismo histórico. Lo que entendemos por «grupos étnicos» son los grupos considerables de personas a las que estaban reservados ciertos papeles ocupacionales/económicos en relación con otros grupos de este tipo que vivían en las proximidades geográficas. La simbolización externa de este reparto de la fuerza de trabajo era la «cultura» distintiva del grupo étnico: su religión, su lenguaje, sus «valores», su conjunto

particular de normas de comportamiento cotidiano.

Por supuesto, con esto no quiero decir que hubiera algo así como un sistema perfecto de castas en el capitalismo histórico. Pero, siempre que consideremos unas categorías ocupacionales lo suficientemente amplias, sugiero que hay, y siempre ha habido, una correlación bastante estrecha entre etnia y papel ocupacional/económico en las diversas zonas tiempo-espacio del capitalismo histórico. Y también sugiero que estos repartos de la fuerza de trabajo han variado con el tiempo, y que, a medida que variaban, variaba también la etnia por lo que respecta a las fronteras y los rasgos culturales que definen el grupo, y que apenas existe correlación entre el actual reparto étnico de la fuerza de trabajo y los modelos de los supuestos antecesores de los actuales grupos étnicos en los períodos anteriores al capitalismo histórico.

La etnización de la fuerza de trabajo mundial ha tenido tres consecuencias principales que han sido importantes para el funcionamiento de la economía-mundo. Ante todo, ha hecho posible la reproducción de la fuerza de trabajo, no en el sentido de proporcionar ingresos suficientes para la supervivencia de los grupos, sino en el sentido de proporcionar suficientes trabajadores de cada categoría a los niveles de expectativas de ingresos apropiados en términos tanto de las cantidades totales como de las formas que tomarían los ingresos de la unidad doméstica. Además, precisamente porque la mano de obra estaba etnizada, su reparto era flexible. La movilidad ocupacional y geográfica a gran escala ha sido facilitada, y no dificultada, por la etnia. Bajo la presión de unas condiciones económicas cambiantes, todo lo que se necesitaba para cambiar el reparto de la fuerza de trabajo era que algunos individuos emprendedores tomaran la iniciativa en el reajuste ocupacio-

nal o geográfico y fueran recompensados por ello: esto ejercía rápidamente un efecto natural de «atracción» sobre otros miembros del grupo étnico para modificar su ubicación en la economía-mundo.

En segundo lugar, la etnización ha proporcionado un mecanismo incorporado de formación de la mano de obra, asegurando que una buena parte de la socialización en tareas ocupacionales se realizara dentro del marco de unas unidades domésticas étnicamente definidas y no a costa de los que emplean mano de obra asalariada o de los Estados.

En tercer lugar —y lo que es probablemente más importante— la etnización ha consolidado la jerarquía de los papeles ocupacionales/económicos, proporcionando un fácil código para la distribución de la renta global, revestida de la legitimación de la «tradición».

Ha sido esta tercera consecuencia la que ha sido estudiada con más detalle y la que ha formado uno de los pilares más significativos del capitalismo histórico: el racismo institucional. Lo que entendemos por racismo tiene poco que ver con la xenofobia que existió en diversos sistemas históricos anteriores. La xenofobia era, literalmente, miedo al «extranjero». El racismo dentro del capitalismo histórico no tuvo nada que ver con los «extranjeros». Muy al contrario. El racismo fue el modo por el cual diversos sectores de la fuerza de trabajo dentro de la misma estructura económica fueron obligados a relacionarse entre sí. El racismo fue la justificación ideológica de la jerarquización de la fuerza de trabajo y de la distribución sumamente desigual de sus recompensas. Lo que entendemos por racismo es un conjunto de enunciados ideológicos combinado con un conjunto de prácticas continuadas cuya consecuencia ha sido el mantenimiento de una fuerte correlación entre etnia y reparto de la fuerza de trabajo a lo largo del tiempo. Los enunciados ideológicos han asumido

la forma de alegaciones de que los rasgos genéticos y/o «culturales» duraderos de los diversos grupos son la principal causa del reparto diferencial de las posiciones en las estructuras económicas. Sin embargo, la creencia de que ciertos grupos eran «superiores» a otros por lo que se refiere a ciertas características importantes para el rendimiento en el terreno económico ha aparecido siempre antes, y no después, de la ubicación de estos grupos en la fuerza de trabajo. El racismo ha sido siempre *post hoc*. Se ha afirmado que aquéllos que están económica y políticamente oprimidos son culturalmente «inferiores». Si, por alguna razón, cambiara la ubicación en la jerarquía económica, la ubicación en la jerarquía social tendería a seguir su ejemplo (con un cierto desfase, sin duda, dado que siempre se tarda una generación o dos en erradicar los efectos de una socialización anterior).

El racismo ha servido como ideología global para justificar la desigualdad. Pero ha sido mucho más. Ha servido para socializar a los grupos en su propio papel dentro de la economía. Las actitudes inculcadas (los prejuicios, el comportamiento abiertamente discriminatorio en la vida cotidiana) han servido para establecer el marco del comportamiento legítimo y apropiado para uno mismo y para los demás en su unidad doméstica y su grupo étnico. El racismo, como el sexismo, ha funcionado como ideología autorrepresiva, modelando las expectativas y limitándolas.

El racismo no sólo ha sido autorrepresivo; ha sido también opresivo. Ha servido para mantener a raya a los grupos de rango inferior y para utilizar a los grupos de rango intermedio como soldados sin sueldo del sistema policial mundial. De esta forma, no sólo se han reducido significativamente los costes financieros de las estructuras políticas, sino que se ha hecho más difícil para los grupos

antisistémicos movilizar a amplias masas de la población, dado que el racismo ha enfrentado estructuralmente a víctimas contra víctimas.

El racismo no ha sido un fenómeno sencillo. Ha habido, en cierto sentido, una línea de falla básica a nivel mundial que ha determinado el estatus relativo en el sistema mundial en su conjunto: se trata de la línea de «color». Lo «blanco», lo propio del estrato superior, no ha sido por supuesto un fenómeno fisiológico, sino social, como lo evidencia la posición históricamente cambiante a nivel mundial (y nacional), de acuerdo con «líneas de color» socialmente definidas, de grupos tales como los europeos meridionales, los árabes, los mestizos latinoamericanos y los asiáticos orientales.

El color (o la fisiología) ha sido una etiqueta fácil de utilizar, ya que es intrínsecamente difícil de disfrazar, y ha sido utilizada en la medida en que ha resultado históricamente conveniente, dados los orígenes del capitalismo histórico en Europa. Pero cuando no ha resultado conveniente ha sido descartada o modificada en favor de otras características identificadoras. En muchos lugares, los conjuntos de características identificadoras han sido, pues, muy complejos. Cuando se considera el hecho adicional de que la división social del trabajo ha evolucionado constantemente, la identificación étnica/racial se convierte en una base muy poco sólida para determinar las fronteras de los grupos sociales existentes. Los grupos van y vienen y cambian su autodefinición con considerable facilidad (y son percibidos por los otros como dotados de diferentes fronteras con igual facilidad). Pero la volatilidad de las fronteras de un grupo dado no es incompatible con la persistencia de una jerarquía global de grupos, es decir, la etnización de la fuerza de trabajo mundial, y de hecho probablemente sea una función de ella.

El racismo ha sido, pues, un pilar cultural del capitalismo histórico. Su vacuidad intelectual no le ha impedido cometer terribles crueldades. No obstante, dado el auge de los movimientos antisistémicos en el mundo en los últimos cincuenta o cien años, recientemente ha sido objeto de duros ataques. De hecho hoy en día el racismo, en sus variantes más burdas, está sufriendo una cierta deslegitimación a nivel mundial. El racismo, sin embargo, no ha sido el único pilar ideológico del capitalismo histórico. El racismo ha sido de la mayor importancia para la construcción y la reproducción de las fuerzas de trabajo adecuadas. Su reproducción, sin embargo, ha sido insuficiente para permitir la acumulación incesante de capital. No se podía esperar que las fuerzas de trabajo actuaran eficaz y continuamente a menos que fueran dirigidas por cuadros. Los cuadros también tenían que ser creados, socializados y reproducidos. La ideología primaria que ha operado para crear, socializar y reproducir estos cuadros no ha sido la ideología del racismo. Ha sido la del universalismo.

El universalismo es una epistemología. Es un conjunto de creencias acerca de lo que se puede conocer y de cómo se puede conocer. La esencia de esta tesis es que existen enunciados generales significativos acerca del mundo —el mundo físico, el mundo social— que son verdaderos universal y permanentemente, y que el objeto de la ciencia es la búsqueda de estos enunciados generales de una forma que elimine todos los llamados elementos subjetivos, es decir, todos los elementos históricamente determinados, de su formulación.

La creencia en el universalismo ha sido la piedra angular del arco ideológico del capitalismo histórico. El universalismo es una fe tanto como una epistemología. No sólo requiere respeto, sino también veneración por el fenómeno escurridizo

pero supuestamente real de la verdad. Las universidades han sido a la vez los talleres de la ideología y los templos de la fe. Harvard luce en su escudo el lema *Veritas*. Aunque siempre se ha afirmado que nunca se podría conocer la verdad de forma definitiva —esto es lo que se supone que distingue a la ciencia moderna de la teología medieval occidental— también se ha afirmado constantemente que la búsqueda de la verdad era la razón de ser de la universidad, y más generalmente de toda actividad intelectual. Keats, para justificar el arte, decía que «la verdad es la belleza, la belleza es la verdad». En los Estados Unidos, una de las justificaciones políticas de las libertades civiles más utilizadas es que la verdad sólo puede ser conocida como resultado de la interacción que tiene lugar en el «mercado libre de ideas».

La verdad, como ideal cultural, ha funcionado como un opio, tal vez el único opio serio del mundo moderno. Karl Marx decía que la religión era el opio del pueblo. Raymond Aron replicaba que las ideas marxistas eran el opio de los intelectuales. En ambas pullas polémicas hay una dosis de perspicacia. Pero, ¿es la perspicacia la verdad? Me gustaría sugerir que tal vez la verdad haya sido el opio real, tanto del pueblo como de los intelectuales. El opio, sin duda, no es indefectiblemente malo. Calma el dolor. Permite a la gente evadirse de la dura realidad cuando teme que la confrontación con esa realidad sólo pueda precipitar las inevitables pérdidas o decadencias. Pero, no obstante, la mayoría de nosotros no recomendamos el opio. Ni Marx ni Raymond Aron lo hicieron. En la mayoría de los países y para la mayoría de los fines, el opio es ilegal.

Nuestra educación colectiva nos ha enseñado que la búsqueda de la verdad es una virtud desinteresada, cuando de hecho es una racionalización interesada. La búsqueda de la verdad, proclama-

da como la piedra angular del progreso y, por tanto, del bienestar, ha estado, como mínimo, en consonancia con el mantenimiento de una estructura social jerárquica y desigual en una serie de aspectos específicos. Los procesos que implicó la expansión de la economía-mundo capitalista —la periferización de las estructuras económicas, la creación de estructuras estatales débiles que participaran en el sistema interestatal y estuvieran limitadas por él— llevaron consigo una serie de presiones al nivel cultural: proselitización cristiana, imposición de un lenguaje europeo, instrucción en tecnologías y costumbres específicas, cambios en los códigos legales. Muchos de estos cambios fueron llevados a cabo *manu militari*. Otros fueron conseguidos mediante la persuasión de los «educadores», cuya autoridad estaba respaldada en última instancia por la fuerza militar. Este complejo de procesos, al que llamamos a veces «occidentalización» o, aún más arrogantemente, «modernización», fue legitimado por la deseabilidad de compartir tanto los frutos como la fe en la ideología del universalismo.

Tras estos cambios culturales forzosos se ocultaban dos motivos principales. Uno de ellos era la eficiencia económica. Si de unas determinadas personas se esperaba que se comportaran de determinada manera en el terreno económico, era eficiente tanto enseñarles las normas culturas requeridas como erradicar las normas culturales rivales. El segundo era la seguridad política. Se creía que si las llamadas elites de las áreas periféricas se «occidentalizaran», se las apartaría de sus «masas» y por consiguiente serían menos proclives a la revuelta, y ciertamente menos capaces de organizar a sus seguidores en una revuelta. Esto resultó ser un error de cálculo monumental, pero era plausible y durante un tiempo funcionó. (Un tercer motivo fue la *hybris* por parte de los con-

quistadores. No la descarto, pero no es necesario invocarla para explicar las presiones culturales, que habrían sido igualmente grandes en su ausencia).

Mientras que el racismo servía como mecanismo de control de los productores directos a escala mundial, el universalismo servía para dirigir las actividades de la burguesía de otros Estados y de diversas capas medias a escala mundial hacia unos cauces que maximizaran la integración de los procesos de producción y el buen funcionamiento del sistema interestatal, facilitando con ello la acumulación de capital. Esto requería la creación de un marco cultural burgués a escala mundial que pudiera ser injertado en las variantes «nacionales». Esto era especialmente importante para la ciencia y la tecnología, pero también en el ámbito de las ideas políticas y las ciencias sociales.

El concepto de una cultura «universal» neutral a la que serían «asimilados» los cuadros de la división mundial del trabajo (la voz pasiva es aquí importante) pasó, pues, a ser uno de los pilares del sistema mundial a medida que éste evolucionaba históricamente. La exaltación del progreso, y más tarde de la «modernización», resumía este conjunto de ideas, que servían menos como verdaderas normas de acción social que como símbolos de un estatus de obediencia y participación en las capas superiores del mundo. La ruptura con las bases religiosas del conocimiento, supuestamente limitadas desde el punto de vista cultural, en favor de unas bases científicas supuestamente transculturales sirvió como autojustificación de una forma de imperialismo cultural especialmente perniciosa. Dominó en nombre de la liberación intelectual; se impuso en nombre del escepticismo.

El proceso de racionalización, central para el capitalismo, ha requerido la creación de una capa intermedia que incluye a los especialistas de esta

racionalización, tales como administradores, técnicos, científicos y educadores. La misma complejidad no sólo de la tecnología, sino también del sistema social ha hecho esencial que esta capa sea amplia y se expanda con el tiempo. Los fondos utilizados para sustentarla han sido obtenidos del excedente global, tal como es extraído a través de empresarios y Estados. En este sentido elemental, pero fundamental, estos cuadros han formado parte de la burguesía cuya pretensión de participar en el reparto del excedente ha recibido una determinada y precisa forma ideológica con el concepto de capital humano en el siglo XX. Al tener relativamente poco capital real que transmitir como herencia de su unidad doméstica, estos cuadros han tratado de garantizar la sucesión asegurando a sus hijos un acceso preferencial a los canales educativos que garantizan la posición. Este acceso preferencial ha sido convenientemente presentado como un logro, supuestamente legitimado por una «igualdad de oportunidades» estrictamente definida.

La cultura científica se convirtió así en el código fraternal de los acumuladores de capital de todo el mundo. En primer lugar, sirvió para justificar tanto sus propias actividades como las recompensas diferenciales de las que se beneficiaban. Promovió la innovación tecnológica. Legitimó la rigurosa supresión de las barreras a la expansión de las eficiencias productivas. Generó una forma de progreso que sería beneficiosa para todos: si no de inmediato, a la larga.

La cultura científica fue, sin embargo, algo más que una mera racionalización. Fue una forma de socialización de los diversos elementos que eran los cuadros de todas las estructuras institucionales necesarias. Como lenguaje común a los cuadros, pero no directamente a la fuerza de trabajo, se convirtió también en un instrumento de cohe-

sión de clase para la capa superior que limitaba las perspectivas o la extensión de la actividad rebelde por parte de los cuadros susceptibles de caer en esa tentación. Además, era un mecanismo flexible para la reproducción de esos cuadros. Se ajustaba al concepto conocido hoy como «meritocracia», y anteriormente como «*la carrière ouverte aux talents*». La cultura científica creó un marco dentro del cual era posible la movilidad individual sin que el reparto jerárquico de la fuerza de trabajo se viera amenazado. Por el contrario, la meritocracia reforzó la jerarquía. Finalmente, la meritocracia como operación y la cultura científica como ideología crearon velos que dificultaron la percepción de las operaciones subyacentes del capitalismo histórico. El gran énfasis en la racionalidad de la actividad científica fue la máscara de la irracionalidad de la acumulación incesante.

Universalismo y racismo pueden parecer a primera vista extraños compañeros de cama, cuando no doctrinas virtualmente antitéticas: el uno abierto, el otro cerrado; el uno nivelador, el otro polarizador; el uno que invita al discurso racional, el otro que encarna el prejuicio. Sin embargo, dado que estas doctrinas se han difundido y han prevalecido conjuntamente con la evolución del capitalismo histórico, deberíamos examinar más detenidamente las formas en que han podido ser compatibles.

Hubo un impedimento para el universalismo. No se abrió camino como una ideología flotante, sino como una ideología propagada por quienes tenían el poder económico y político en el sistema mundial del capitalismo histórico. El universalismo fue ofrecido al mundo como un regalo de los poderosos a los débiles. *Timeo Danaos et dona ferentes!* El regalo encerraba el racismo, porque daba al receptor dos opciones: aceptar el regalo, reconociendo con ello que estaba en un lugar infe-

rior de la jerarquía de sabiduría adquirida, o rechazar el regalo, negándose con ello a sí mismo armas que podrían invertir la situación de poder real desigual.

No es extraño que incluso los cuadros que estaban siendo cooptados al privilegio se mostraran profundamente ambivalentes con respecto al mensaje del universalismo, vacilando entre un discipulado entusiasta y un rechazo cultural provocado por la repugnancia hacia los supuestos racistas. Esta ambivalencia se expresó en los múltiples movimientos de «renacimiento» cultural. La misma palabra renacimiento, que fue ampliamente utilizada en muchas zonas del mundo, encarnaba la ambivalencia. Al hablar de renacimiento se afirmaba una era de gloria cultural anterior, pero también se reconocía una inferioridad cultural a partir de aquel momento. La misma palabra renacimiento fue copiada de la historia cultural específica de Europa.

Se podría pensar que la fuerza de trabajo mundial fue más inmune a esta ambivalencia, al no haber sido invitada nunca a comer en la mesa del señor. Sin embargo, en realidad las expresiones políticas de la fuerza de trabajo mundial, los movimientos antisistémicos, han estado también profundamente impregnados de esa misma ambivalencia. Los movimientos antisistémicos, como ya hemos señalado, revistieron la ideología de la Ilustración, que era a su vez un producto de la ideología universalista. Por consiguiente, cayeron en la trampa cultural en la que han permanecido desde entonces, tratando de socavar el capitalismo histórico, utilizando estrategias y fijando objetivos a medio plazo que derivaban de las mismas «ideas de las clases dominantes» a las que trataban de destruir.

La variante socialista de los movimientos antisistémicos estuvo desde un principio comprome-

tida con el progreso científico. Marx, deseoso de distinguirse de los otros a los que denunciaba como «utópicos», afirmó que abogaba por el «socialismo científico». Sus escritos hicieron hincapié en los aspectos en los que el capitalismo era «progresista». La tesis de que el socialismo llegaría primero en los países más «avanzados» sugería un proceso por el cual el socialismo surgiría de un mayor avance del capitalismo (y como reacción a éste). La revolución socialista emularía, pues, a la «revolución burguesa» *y vendría después* de ella. Algunos teóricos posteriores argumentaron incluso que el deber de los socialistas era, por tanto, tomar parte en la revolución burguesa en aquellos países donde todavía no se había producido.

Las posteriores diferencias entre la II y la III Internacional no implicaron un desacuerdo en torno a esta epistemología, que ambas compartían. De hecho, tanto los socialdemócratas como los comunistas en el poder han tendido a dar una gran prioridad al mayor desarrollo de los medios de producción. La consigna de Lenin, «comunismo es igual a socialismo más electricidad», cuelga todavía en enormes banderas en las calles de Moscú. En la medida en que estos movimientos, una vez en el poder —lo mismo socialdemócratas que comunistas—, llevaron a la práctica las consignas estalinistas del «socialismo en un solo país», fomentaron necesariamente el proceso de mercantilización de todas las cosas que tan esencial ha sido para la acumulación global de capital. En la medida en que se mantuvieron dentro del sistema interestatal —y de hecho lucharon por mantenerse dentro de él frente a los intentos de desolojarlos— aceptaron y favorecieron la realidad a escala mundial de la dominación de la ley del valor. El «socialista» se parecía sospechosamente al taylorista desbocado.

Ha habido por supuesto ideologías «socialistas» que han pretendido rechazar el universalismo de la Ilustración y han abogado por diversas variantes «indígenas» de socialismo para las zonas periféricas de la economía-mundo. En la medida en que estas formulaciones eran algo más que mera retórica, parecían ser intentos *de facto* de utilizar como unidad de base de los procesos de mercantilización no las nuevas unidades domésticas que comparten diversos ingresos, sino entidades comunales mayores que eran, según se decía, más «tradicionales». En general, estos intentos, cuando fueron serios, resultaron inútiles. En cualquier caso, la corriente principal de los movimientos socialistas mundiales tendió a denunciar estos intentos como formas no socialistas de un nacionalismo cultural retrógrado.

A primera vista, la variante nacionalista de los movimientos antisistémicos, por el carácter central de sus temas separatistas, parecía menos proclive a la ideología del universalismo. Un examen más detenido desmiente, sin embargo, esta impresión. Ciertamente, el nacionalismo tenía, de modo inevitable, un componente cultural en cuanto determinados movimientos abogaban por el refuerzo de las «tradiciones» nacionales, un lenguaje nacional, a menudo una herencia religiosa. Pero, ¿era el nacionalismo cultural una resistencia cultural a las presiones de los acumuladores de capital? De hecho, dos importantes elementos del nacionalismo cultural se movían en direcciones opuestas a esto. En primer lugar, la unidad elegida como vehículo para contener la cultura tendía a ser el Estado, que era miembro del sistema interestatal. La mayoría de las veces era este Estado el que estaba investido de una cultura «nacional». Prácticamente en todos los casos, esto implicaba una distorsión de la continuidad cultural, con frecuencia muy grave. En casi todos los casos, la aser-

ción de una cultura nacional encerrada en un Estado implicaba inevitablemente tanto la supresión de la continuidad como su reaserción. En todos los casos, reforzaba las estructuras estatales, y por consiguiente el sistema interestatal y el capitalismo histórico como sistema mundial.

En segundo lugar, un examen comparativo de las reaserciones culturales en todos estos Estados pone de manifiesto que aunque variaban de forma tendían a ser idénticas de contenido. Los morfemas de los lenguajes diferían, pero los vocabularios comenzaban a converger. Los rituales y las teologías de las religiones del mundo podrían haber sido reforzados, pero comenzaron a ser menos diferentes en su contenido real que hasta entonces. Y los antecedentes de la cientificidad fueron redescubiertos bajo muchos nombres diferentes. En resumen, buena parte del nacionalismo cultural ha sido una charada gigantesca. Más que eso: el nacionalismo cultural, como la «cultura socialista», ha sido a menudo un importante puntal de la ideología universalista del mundo moderno, suministrándosela a la fuerza de trabajo mundial en la forma que le resultaba más aceptable. En este sentido, los movimientos antisistémicos han servido a menudo de intermediarios culturales entre los poderosos y los débiles, lo que ha enturbiado sus fuentes más profundas de resistencia en lugar de volverlas cristalinas.

Las contradicciones inherentes a la estrategia de tomar el poder de los movimientos antisistémicos, combinadas con su aceptación tácita de la epistemología universalista, han tenido graves consecuencias para estos movimientos. Han tenido que enfrentarse cada vez más al fenómeno del desencanto, al que su principal respuesta ideológica ha sido la reafirmación de la justificación central del capitalismo histórico: el carácter automático e inevitable del progreso, o, como ahora se

dice en la URSS, la «revolución científico-tecnológica».

Desde el siglo xx, y con creciente vehemencia desde la década de 1960, el tema del «proyecto civilizacional», como gusta llamarlo Anuar Abdel-Malek, ha comenzado a cobrar fuerza. Mientras que para muchos el nuevo lenguaje de las «alternativas endógenas» ha servido meramente como variante verbal de los antiguos temas universalizadores del nacionalismo cultural, para otros el tema encierra un contenido epistemológico genuinamente nuevo. El «proyecto civilizacional» ha reabierto la cuestión de si existen realmente las verdades transhistóricas. Una forma de verdad que refleja la realidad del poder y los imperativos económicos del capitalismo histórico ha florecido e impregnado el globo. Esto es cierto, como hemos visto. Pero, ¿hasta qué punto esta forma de verdad arroja luz sobre el proceso de decadencia de este sistema histórico o sobre la existencia de alternativas históricas reales a un sistema histórico basado en la incesante acumulación de capital? Esta es la cuestión.

Esta forma más nueva de resistencia cultural fundamental tiene una base material. Las sucesivas movilizaciones de los movimientos antisistémicos en el mundo han reclutado con el tiempo un número creciente de elementos económica y políticamente más marginales para el funcionamiento del sistema y menos susceptibles de beneficiarse, aun eventualmente, del excedente acumulado. Al mismo tiempo, las sucesivas desmitificaciones de estos movimientos han socavado la reproducción de la ideología universalista dentro de ellos, y los movimientos han comenzado así a abrirse a un número mayor de estos elementos que han cuestionado cada vez más sus premisas. En comparación con el perfil de los participantes en los movimientos antisistémicos en el mundo

de 1850 a 1950, su perfil a partir de 1950 incluía más habitantes de zonas periféricas, más mujeres, más miembros de grupos «minoritarios» (independientemente de su definición) y más trabajadores del extremo menos cualificado y peor pagado de la escala. Esto sucedía tanto en el mundo en general como dentro de cada uno de los Estados, tanto en la base como en la dirección. Este cambio en la base social no podría dejar de alterar las preferencias culturales e ideológicas de los movimientos antisistémicos en el mundo.

Hasta ahora he tratado de describir cómo el capitalismo ha operado de hecho en cuanto sistema histórico. Sin embargo, los sistemas históricos son sólo eso: históricos. Nacen y finalmente mueren como consecuencia de unos procesos internos en los que la exacerbación de las contradicciones internas lleva a una crisis estructural. Las crisis estructurales son masivas, no pasajeras. Solucionarlas lleva su tiempo. El capitalismo histórico entró en su crisis estructural a comienzos del siglo XX y probablemente verá su defunción como sistema histórico en algún momento del próximo siglo. Es arriesgado predecir qué vendrá después. Lo que sí podemos hacer ahora es analizar las dimensiones de la propia crisis estructural y tratar de percibir las direcciones en las que nos lleva esta crisis del sistema.

El primer aspecto, y probablemente el más fundamental de esta crisis, es que ahora estamos cerca de la mercantilización de todas las cosas. Es decir, el capitalismo histórico está en crisis precisamente porque, al perseguir la acumulación incesante de capital, está comenzando a aproximarse a ese estado que según Adam Smith era «natural» al hombre, pero que *nunca* ha existido históricamente. La «propensión [de la humanidad] a trocar, permutar e intercambiar una cosa por otra» ha entrado en terrenos y zonas hasta ahora intac-

tos, y la presión en favor de la expansión de la mercantilización es relativamente incontrolada. Marx hablaba del mercado como un «velo» que ocultaba las relaciones sociales de producción. Esto sólo era cierto en el sentido de que, en comparación con la apropiación local y directa del excedente, la apropiación indirecta del excedente, a través del mercado (y por consiguiente extralocal), era más difícil de discernir y, por tanto, más difícil de combatir políticamente para la fuerza de trabajo mundial. Sin embargo, el «mercado» operaba en los términos cuantitativos de una medida general, el dinero, y esto, más que mistificar, clarificaba en qué medida era realmente apropiado. Con lo que contaban los acumuladores de capital como cinturón de seguridad político era con que sólo parte del trabajo se medía de esta forma. En la medida en que el trabajo se mercantiliza más y más y en que las unidades domésticas se convierten más y más en un nexo de relaciones mercantiles, la afluencia de excedente se hace más y más visible. Las contrapresiones políticas se movilizan por tanto más y más, y la estructura de la economía se convierte más y más en un blanco directo de la movilización. Los acumuladores de capital, lejos de tratar de acelerar la proletarización, tratan de frenarla. Pero no pueden hacerlo del todo, a causa de las contradicciones de sus propios intereses, ya que son a la vez empresarios individuales y miembros de una clase.

Hay un proceso constante, imposible de contener mientras la economía sea accionada por la acumulación incesante de capital. El sistema puede prolongar su vida aminorando algunas de las actividades que lo desgastan, pero la muerte siempre acecha en algún lugar del horizonte.

Una de las formas en que los acumuladores de capital han prolongado el sistema ha consistido

en incorporarle restricciones políticas que han obligado a los movimientos antisistémicos a tomar el camino de la creación de organizaciones formales que usan una estrategia de toma del poder estatal. Realmente no tenían otra opción, pero la estrategia era autorrestrictiva.

Sin embargo, como hemos visto, las propias contradicciones de esta estrategia han provocado una crisis a nivel político. No se trata de una crisis del sistema interestatal, que todavía funciona muy bien en su misión primaria de mantener la jerarquía y contener los movimientos de oposición. La crisis política es la crisis de los propios movimientos antisistémicos. A medida que la distinción entre movimientos socialistas y movimientos nacionalistas comienza a difuminarse y que un número mayor de estos movimientos se hace con el poder estatal (con todas sus limitaciones), la colectividad mundial de los movimientos impone una revisión de todas sus creencias, derivadas de análisis originales del siglo XIX. Así como el éxito de los acumuladores en su labor de acumulación ha creado una excesiva mercantilización que amenaza al sistema como tal, así también el éxito de los movimientos antisistémicos en su labor de toma del poder ha creado un excesivo refuerzo del sistema que amenaza con poner fin a la aceptación por parte de la fuerza de trabajo mundial de esta estrategia autorrestrictiva.

Finalmente, esta crisis es cultural. La crisis de los movimientos antisistémicos, el cuestionamiento de la estrategia básica, está llevando a un cuestionamiento de las premisas de la ideología universalista. Esto está sucediendo en dos campos: los movimientos donde la búsqueda de alternativas «civilizacionales» se están llevando a cabo seriamente por primera vez, y la vida intelectual, donde todo el aparato intelectual que nació a partir del siglo XIV está siendo puesto lentamen-

te en duda. En parte, una vez más, esta duda es el producto de su éxito. En las ciencias físicas, los procesos internos de investigación generados por el método científico moderno parecen estar llevando al cuestionamiento de la existencia de las leyes universales que eran sus premisas. Hoy en día se habla de insertar la «temporalidad» en la ciencia. En las ciencias sociales —pariente pobre a un cierto nivel, pero reina (es decir, culminación) de las ciencias a otro nivel—, el paradigma desarrollista está siendo explícitamente cuestionado en su esencia.

La reapertura de las cuestiones intelectuales es, pues, por un lado, producto del éxito interno y de las contradicciones internas. Pero es también producto de las presiones de los movimientos, también en crisis, para poder hacer frente a las estructuras del capitalismo histórico, cuya crisis es el punto de partida de todas las demás actividades, y luchar más eficazmente contra ellas.

A menudo se habla de la crisis del capitalismo histórico como de la transición del capitalismo al socialismo. Estoy de acuerdo con la fórmula, pero esto no quiere decir mucho. No sé todavía cómo funcionaría un orden mundial socialista, un orden que redujera radicalmente la distancia del bienestar material y la disparidad del poder real entre todas las personas. Los Estados o movimientos existentes que se llaman socialistas no sirven de guía para el futuro. Son fenómenos del presente, es decir, del sistema mundial del capitalismo histórico, y deben ser evaluados dentro de este marco. Pueden ser los causantes de la defunción del capitalismo, aunque difícilmente lo serán de forma uniforme, como ya hemos indicado. Pero el orden mundial futuro se construirá lentamente, de modos que difícilmente podemos imaginar y mucho menos predecir. Es por tanto un acto de fe

creer que será bueno, o incluso mejor. Pero sabemos que lo que tenemos no es bueno, y a medida que el capitalismo histórico ha avanzado en su camino histórico ha empeorado, en lugar de mejorar, en mi opinión, debido a su mismo éxito.

4. CONCLUSION: SOBRE EL PROGRESO Y LAS TRANSICIONES

Si existe una idea que esté asociada con el mundo moderno, que sea de hecho su pieza central, es la de progreso. Esto no quiere decir que todo el mundo haya creído en el progreso. En el gran debate ideológico desarrollado públicamente entre conservadores y liberales, que en parte precedió, pero más especialmente siguió a la Revolución francesa, la esencia de la postura conservadora residía en la duda de que los cambios que estaban experimentando Europa y el mundo pudieran ser considerados como un progreso, o que el progreso fuera un concepto significativo e importante. Como sabemos, eran los liberales quienes anunciaban la nueva era y encarnaban lo que sería en el siglo XIX la ideología dominante de la economía-mundo capitalista, que contaba ya con una larga existencia.

No es de extrañar que los liberales creyeran en el progreso. La idea de progreso justificaba toda la transición del feudalismo al capitalismo. Legitimaba la ruptura de la oposición aún existente a la mercantilización de todas las cosas y tendía a desestimar todo rechazo del capitalismo sobre la base de que los beneficios superaban con mucho a los perjuicios. No es en modo alguno de extrañar, por consiguiente, que los liberales creyeran en el progreso.

Lo que sí es de extrañar es que sus adversarios ideológicos, los marxistas —los antiliberales, los representantes de las clases trabajadoras oprimidas—, creyeran en el progreso al menos con tanta

pasión como los liberales. Sin duda, esta creencia cumplía un importante fin ideológico también para ellos. Justificaba las actividades del movimiento socialista mundial sobre la base de que encarnaba la tendencia inevitable del desarrollo histórico. Además, parecía muy inteligente proponer esta ideología, por cuanto pretendía utilizar las mismas ideas de los liberales burgueses para confundirlos.

Desgraciadamente había dos defectos secundarios en la adopción, aparentemente astuta y ciertamente entusiasta, de esta fe secular en el progreso. Si bien la idea de progreso justificaba el socialismo, justificaba también el capitalismo. Era difícil cantar las alabanzas del proletariado sin ensalzar previamente a la burguesía. Los famosos escritos de Marx sobre la India ofrecían amplias pruebas de esto, pero también lo hacía el *Manifiesto comunista*. Además, dado que la medición del progreso era materialista (¿y cómo no iban los marxistas a estar de acuerdo con esto?), la idea de progreso podía volverse, y de hecho se ha vuelto en los últimos cincuenta años, contra todos los «experimentos de socialismo». ¿Quién no ha oído condenar a la Unión Soviética sobre la base de que su nivel de vida está por debajo del de los Estados Unidos? Además, pese a las jactancias de Jruschov, hay pocas razones para creer que esta disparidad dejará de existir de aquí a cincuenta años.

La adopción marxista de un modelo evolucionista de progreso ha sido una enorme trampa, de la que los socialistas no han comenzado a recelar hasta hace poco, como uno de los elementos de la crisis ideológica que ha formado parte de la crisis estructural global de la economía-mundo capitalista.

Simplemente no es cierto que el capitalismo como sistema histórico haya representado un progreso con respecto a los diversos sistemas históricos

anteriores que destruyó o transformó. Todavía cuando escribo esto siento el temblor que acompaña al sentimiento de blasfemia. Temo a la ira de los dioses, porque he sido forjado en la misma fragua ideológica que todos mis compañeros y he adorado los mismos santuarios.

Uno de los problemas que se plantean a la hora de analizar el progreso es el de la parcialidad de todas las mediciones propuestas. Se dice que el progreso científico y tecnológico es indiscutible y asombroso, lo que sin duda es cierto, especialmente en la medida en que la mayor parte del conocimiento técnico es acumulativo. Pero nunca analizamos seriamente cuántos conocimientos hemos perdido en el barrido de la ideología del universalismo a escala mundial. O, si lo hacemos, catalogamos estos conocimientos perdidos como mero (?) sentido común. Sin embargo, a los simples niveles técnicos de la productividad agrícola y la totalidad biológica, hemos descubierto recientemente que métodos de acción humana descartados hace uno o dos siglos (proceso impuesto por unas élites ilustradas a unas masas atrasadas) tienen a menudo que ser resucitados porque resultan más eficaces, y no menos. Y lo que es más importante, hemos descubierto en las mismas «fronteras» de la ciencia avanzada la reinserción provisional de premisas triunfalmente descartadas hace un siglo o hace cinco.

Se dice que el capitalismo histórico ha transformado el potencial mecánico de la humanidad. Cada inversión de energía humana se ha visto recompensada con una cantidad cada vez mayor de productos, lo que sin duda también es cierto. Pero no calculamos hasta qué punto esto ha significado que la humanidad ha reducido o incrementado la inversión total de energía que los individuos por separado, o todas las personas que están dentro de la economía-mundo colectivamente, han sido

obligados a hacer, ya sea por unidad de tiempo o de por vida. ¿Podemos estar seguros de que el mundo está menos oprimido en el capitalismo histórico que en sistemas anteriores? Hay muchas razones para dudarlo, como lo atestigua la incorporación de la compulsión de trabajar a nuestro super-yo.

Se dice que en ningún sistema histórico anterior disfrutó la gente de una vida material tan cómoda o tuvo una gama de experiencias vitales alternativas a su disposición tan amplia como en el sistema actual. Una vez más, esta afirmación parece cierta, se ve confirmada por las comparaciones que regularmente hacemos con la vida de nuestros antepasados inmediatos. Sin embargo, las dudas a este respecto han aumentado constantemente a lo largo del siglo XX, como lo indican nuestras frecuentes referencias a la «calidad de vida» y la creciente preocupación por la anomia, la alienación y las enfermedades psíquicas. Finalmente, se dice que el capitalismo histórico ha traído un masivo incremento del margen de seguridad humana, frente a los daños y muertes procedentes de peligros endémicos (los cuatro jinetes del Apocalipsis) y frente a la violencia errática. Una vez más, esto es indiscutible a un micronivel (pese a los peligros recientemente redescubiertos de la vida urbana). Pero ¿es realmente cierto a un macronivel, incluso hasta ahora e incluso omitiendo la espada de Damocles de una guerra nuclear?

Permítaseme decir, como mínimo, que no es en modo alguno obvio que haya más libertad, igualdad y fraternidad en el mundo actual que hace mil años. Se podría sugerir de forma razonada que más bien sucede todo lo contrario. Trato de no idealizar los mundos anteriores al capitalismo histórico. Eran mundos de escasa libertad, escasa igualdad y escasa fraternidad. La única cuestión

es si el capitalismo histórico representó un progreso o un retroceso a estos respectos.

No hablo de medir las crueldades comparativas. Esto sería difícil de imaginar, y también lúgubre, aunque hay pocas razones para ser optimistas acerca del historial del capitalismo histórico en este terreno. El mundo del siglo XX puede reivindicar haber mostrado unos talentos poco usuales de refinamiento en estas antiguas artes. Tampoco hablo del creciente y realmente increíble despilfarro social que ha sido el resultado de la carrera competitiva por la incesante acumulación de capital, nivel de despilfarro que puede comenzar a rayar en lo irreparable.

Más bien quiero basar mi argumentación en consideraciones materiales, no acerca del futuro social, sino del período histórico real de la economía-mundo capitalista. El argumento es sencillo, aunque audaz. Quiero defender la tesis marxista que incluso los marxistas ortodoxos tienden a enterrar avergonzados, la tesis de la depauperación absoluta (y no relativa) del proletariado.

Ya estoy oyendo los murmullos de los amigos. Seguro que no hablas en serio; seguro que te refieres a la depauperación relativa. ¿No está el trabajador industrial en unas condiciones notablemente mejores hoy que en 1800? El trabajador industrial sí, o al menos muchos trabajadores industriales. Pero los trabajadores industriales siguen constituyendo una parte relativamente pequeña de la población mundial. La abrumadora mayoría de los trabajadores mundiales, que viven en zonas rurales u oscilan entre éstas y los suburbios de la ciudad, están en peores condiciones que sus antepasados hace quinientos años. Comen menos bien y ciertamente tienen una dieta menos equilibrada. Aunque tienen más probabilidades de sobrevivir a su primer año de vida (a causa del efecto de una higiene social destinada a proteger a los privile-

giados), dudo de que las esperanzas de vida de la mayoría de la población mundial *a partir del primer año de vida* sean mayores que antes; sospecho que más bien sucede lo contrario. Indiscutiblemente trabajan más: más horas por día, por año, por vida. Y dado que lo hacen por una recompensa total inferior, la tasa de explotación ha aumentado fuertemente.

¿Están más oprimidos política y socialmente o más explotados económicamente? Esto es más difícil de analizar. Como dijo una vez Jack Goody, las ciencias sociales no poseen euforímetros. Las pequeñas comunidades en las que la mayoría de las personas vivieron en los sistemas históricos anteriores implicaban una forma de control social que ciertamente restringía la elección humana y la variabilidad social. Indudablemente, esto les parecía a muchos un fenómeno de opresión activa. Los otros, que estaban más satisfechos, pagaban su contento con una estrecha visión de las posibilidades humanas.

La construcción del capitalismo histórico ha implicado, como todos sabemos, la constante disminución, e incluso la total eliminación, del papel de estas pequeñas estructuras comunitarias. Pero, ¿qué es lo que ha ocupado su lugar? En muchas zonas, y durante largos períodos, el papel anterior de las estructuras comunitarias ha sido asumido por «plantaciones», es decir, por el control opresivo de unas estructuras político-económicas a gran escala dominadas por «empresarios». De las «plantaciones» de la economía-mundo capitalista —ya estén basadas en la esclavitud, el encarcelamiento, la aparcería (forzada o contractual) o el trabajo asalariado— difícilmente se puede decir que hayan proporcionado más margen para la «individualidad». Las «plantaciones» pueden ser consideradas como un modo excepcionalmente eficaz de extraer plusvalor. Sin duda han existido antes en la his-

toria humana, pero nunca han sido utilizadas antes de forma tan extensiva para la producción agrícola, en contraposición a la minería y a la construcción de infraestructura a gran escala que, sin embargo, han tendido a afectar a un menor número de personas en términos globales.

Incluso allí donde una u otra forma de control autoritario directo de la actividad agrícola (lo que acabamos de denominar «plantaciones») no sustituyó a unas estructuras comunitarias de control anteriores, más flexibles, la desintegración de las estructuras comunitarias en las zonas rurales no fue vivida como una «liberación», ya que fue inevitablemente acompañada de un control siempre creciente —y de hecho con frecuencia directamente causada por éste— por parte de las incipientes estructuras estatales, que se han mostrado cada vez menos dispuestas a dejar en manos del productor directo los procesos autónomos y locales de toma de decisiones. Todo el impulso ha ido encaminado a forzar un incremento en la inversión de trabajo y en la especialización de esta actividad laboral (lo que, desde el punto de vista del trabajador, ha debilitado su capacidad de negociación e incrementado su aburrimiento).

Pero esto no fue todo. El capitalismo histórico desarrolló un marco ideológico de humillación opresiva que no había existido nunca con anterioridad y que hoy llamamos sexismo y racismo. Permítaseme aclararlo. Tanto la posición dominante de los hombres sobre las mujeres como la xenofobia generalizada estaban muy difundidos, eran prácticamente universales, en los sistemas históricos anteriores, como ya hemos señalado. Pero el sexismo fue algo más que la posición dominante de los hombres sobre las mujeres y el racismo algo más que una xenofobia generalizada.

El sexismo fue la relegación de las mujeres a la esfera del trabajo improductivo, doblemente hu-

millante por cuanto el trabajo real que se requería de ellas se vio en todo caso intensificado y por cuanto el trabajo productivo se convirtió en la economía-mundo capitalista, por primera vez en la historia humana, en la base de la legitimación del privilegio. Esto constituyó un doble vínculo imposible de romper dentro del sistema.

El racismo no fue el odio o la opresión de un extraño, de alguien ajeno al sistema histórico. Muy al contrario: el racismo fue la estratificación de la fuerza de trabajo en el seno del sistema histórico, cuyo objetivo era mantener a los grupos oprimidos en el seno del sistema, y no expulsarlos. Creó la justificación para una baja remuneración del trabajo productivo, a pesar de su primacía en la definición del derecho a una recompensa. Y lo hizo definiendo el trabajo con la remuneración más baja como una remuneración por el trabajo de más baja calidad. Dado que esto se hizo *ex definitio,* ningún cambio en la calidad del trabajo podría nunca hacer algo más que cambiar la forma de la acusación; aunque la ideología proclamara la oferta de una recompensa de movilidad individual para el esfuerzo individual. Este doble vínculo era igualmente imposible de romper.

Tanto el sexismo como el racismo fueron procesos sociales en los que la «biología» definía la posición. Dado que la biología era, en cualquier sentido inmediato, socialmente inmutable, se trataba al parecer de una estructura socialmente creada pero no susceptible de un desmantelamiento social. Por supuesto, esto no era realmente así. Lo que sí es cierto es que la estructuración del sexismo y el racismo no podía ni puede ser desmantelada sin desmantelar todo el sistema histórico que los creó y que se ha mantenido en aspectos críticos gracias a su intervención.

Así pues, tanto en términos materiales como psíquicos (sexismo y racismo) ha habido una depau-

peración absoluta. Esto significa, por supuesto, que se ha producido un creciente «desfase» en el consumo del excedente entre el 10-15 por 100 de la población situada en la capa más alta de la economía-mundo capitalista y el resto. Nuestra impresión de que esto no ha sido realmente así se ha basado en tres hechos. En primer lugar, la ideología de la meritocracia ha funcionado realmente, haciendo posible una considerable movilidad individual e incluso la movilidad de grupos específicos étnicos y/o ocupacionales de trabajadores. Sin embargo, esto ha ocurrido sin una transformación fundamental de las estadísticas globales de la economía-mundo, dado que la movilidad de los individuos (o subgrupos) ha estado contrarrestada por un incremento en el tamaño del estrato inferior, ya fuera por la incorporación de nuevas poblaciones a la economía-mundo o por unas tasas de crecimiento demográfico diferenciales.

La segunda razón por la que no hemos observado ese creciente desfase es que nuestros análisis históricos y sociales se han centrado en lo que sucedía dentro de las «clases medias», es decir, dentro de ese 10-15 por 100 de la población de la economía-mundo que consumía más excedente del que producía. *Dentro de este sector* ha habido realmente un aplastamiento relativamente espectacular de la curva entre la capa más alta (menos del 1 por 100 de la población total) y los sectores o cuadros realmente «medios» (el resto del 10-15 por 100). Una buena parte de la política «progresista» de los últimos siglos del capitalismo histórico ha desembocado en la constante disminución de la distribución desigual del plusvalor mundial entre el pequeño grupo que se lo reparte. Los gritos de triunfo de este sector «medio» por la reducción de su desfase con respecto al 1 por 100 su-

perior han enmascarado la realidad del creciente desfase entre ellos y el otro 85 por 100.

Finalmente, hay una tercera razón por la cual el fenómeno del creciente desfase no ha ocupado un lugar central en nuestros análisis colectivos. Es posible que en los últimos diez o veinte años, bajo la presión de la fuerza colectiva de los movimientos antisistémicos en el mundo y la aproximación a las asíntotas económicas, haya habido una aminoración de la polarización absoluta, aunque no de la relativa. Aun esto debería ser afirmado con precaución y situado en el contexto de quinientos años de desarrollo histórico de creciente polarización absoluta.

Es esencial analizar la realidad que ha acompañado a la ideología del progreso porque, a menos que lo hagamos, no podremos aproximarnos inteligentemente al análisis de las transiciones de un sistema histórico a otro. La teoría del progreso evolutivo no sólo implicaba el supuesto de que el sistema posterior era mejor que el anterior, sino también el de que el nuevo grupo dominante sustituía a un grupo dominante anterior. Por consiguiente, no sólo el capitalismo era un progreso con respecto al feudalismo, sino que este progreso se llevaba a cabo esencialmente gracias al triunfo, el triunfo revolucionario, de la «burguesía» sobre la «aristocracia terrateniente» (o los «elementos feudales»). Pero si el capitalismo no era progresista, ¿cuál es el significado del concepto de revolución burguesa? ¿Hubo una sola revolución burguesa o apareció ésta bajo múltiples disfraces?

Ya hemos argumentado que la imagen de un capitalismo histórico que surgió tras el derrocamiento de una aristocracia atrasada por una burguesía progresista es falsa. La imagen básica correcta es más bien la de que el capitalismo histórico fue engendrado por una aristocracia terrateniente que se transformó en una burguesía porque el viejo

sistema se estaba desintegrando. En lugar de dejar que la desintegración prosiguiera hasta un término incierto, esa aristocracia terrateniente emprendió una cirujía estructural radical a fin de mantener *y ampliar significativamente* su capacidad de explotar a los productores directos.

Sin embargo, si esta nueva imagen es correcta, rectifica de modo radical nuestra idea de la actual transición del capitalismo al socialismo, de una economía-mundo capitalista a un orden mundial social. Hasta ahora, la «revolución proletaria» ha sido copiada, más o menos, de la «revolución burguesa». De la misma forma que la burguesía derrocó a la aristocracia, el proletariado derrocará a la burguesía. Esta analogía ha sido la piedra angular de la acción estratégica del movimiento socialista mundial.

Si no ha habido una revolución burguesa, ¿significa esto que no ha habido ni habrá una revolución proletaria? De ningún modo, desde el punto de vista lógico o empírico. Pero sí significa que tenemos que aproximarnos de un modo diferente al tema de las transiciones. En primer lugar, hemos de distinguir entre cambio a través de la desintegración y cambio controlado: lo que Samir Amin ha llamado la distinción entre «decadencia» y «revolución», entre el tipo de «decadencia» que según él se produjo con la caída de Roma (y que, según dice, se está produciendo ahora) y ese cambio más controlado que se produjo cuando se pasó del feudalismo al capitalismo.

Pero esto no es todo. Pues los cambios controlados (las «revoluciones» de Amin) no necesitan ser «progresistas», como acabamos de argumentar. Por consiguiente, debemos distinguir entre la transformación estructural que dejaría intacta (e incluso incrementaría) la realidad de la explotación del trabajo y la que eliminaría este tipo de explotación o al menos lo reduciría radicalmente. Lo

que esto significa es que la cuestión política esencial de nuestros días no es si habrá una transición del capitalismo histórico a alguna otra cosa. Esto es tan seguro como pueden serlo estos temas. La cuestión política esencial de nuestros días es si esta otra cosa, el resultado de la transición, será fundamentalmente diferente, desde el punto de vista moral, de lo que ahora tenemos, si será un progreso.

El progreso no es inevitable. Estamos luchando por él. Y la forma que toma la lucha no es la del socialismo frente al capitalismo, sino la de una transición hacia una sociedad relativamente sin clases frente a una transición hacia algún nuevo modo de producción basado en las clases (diferente del capitalismo histórico, pero no necesariamente mejor).

La burguesía mundial no tiene que elegir entre el mantenimiento del capitalismo histórico y el suicidio. Tiene que elegir entre una postura «conservadora», por una parte, que llevaría a la continuada desintegración del sistema y su consiguiente transformación en un orden mundial incierto, pero probablemente más igualitario, y un atrevido intento, por otra parte, de hacerse con el control del proceso de transición, en el cual la propia burguesía revistiría un ropaje «socialista» y trataría de crear con ello un sistema histórico alternativo que dejara intacto el proceso de explotación de la fuerza de trabajo mundial en beneficio de una minoría.

Es a la luz de estas alternativas políticas reales que se abren a la burguesía mundial como debemos valorar la historia tanto del movimiento socialista mundial como de aquellos Estados donde partidos socialistas han llegado al poder de una u otra forma.

Lo primero y lo más importante que hay que recordar en una valoración de este tipo es que el

movimiento socialista mundial, y de hecho todas las formas de movimientos antisistémicos, así como todos los Estados revolucionarios y/o socialistas, han sido productos íntegros del capitalismo histórico. No han sido estructuras externas al sistema histórico, sino la excreción de unos procesos internos de ese sistema. Por consiguiente han reflejado todas las contradicciones y limitaciones del sistema. No podían ni pueden hacer otra cosa.

Sus defectos, sus limitaciones, sus efectos negativos forman parte del estado de cuentas del capitalismo histórico, no de un hipotético sistema histórico, de un orden mundial socialista, que todavía no existe. La intensidad de la explotación del trabajo en los Estados revolucionarios y/o socialistas, la negación de las libertades políticas, la persistencia del sexismo y del racismo, tienen mucho más que ver con el hecho de que estos Estados continúan estando situados en zonas periféricas y semiperiféricas de la economía-mundo capitalista que con las propiedades peculiares de un nuevo sistema social. Las pocas migajas que han existido en el capitalismo histórico para las clases trabajadoras se han concentrado siempre en las áreas del centro. Esto sigue siendo cierto de forma desproporcionada.

La valoración tanto de los movimientos antisistémicos como de los regímenes en cuya creación han intervenido no puede, pues, ser realizada en función de las «buenas sociedades» que han creado o dejado de crear. Sólo puede ser realizada de forma razonable preguntándose hasta qué punto han contribuido a la lucha mundial por asegurar que la transición del capitalismo sea hacia un orden mundial socialista igualitario. Aquí la contabilidad es necesariamente más ambigua, a causa del funcionamiento de los propios procesos contradictorios. Todos los impulsos positivos llevan consigo consecuencias tanto negativas como

positivas. Cada debilitamiento del sistema en un aspecto lo refuerza en otros aspectos. ¡Pero no necesariamente en igual grado! Aquí está toda la cuestión.

No hay duda de que la mayor contribución de los movimientos antisistémicos se ha producido en sus fases de movilización. Al organizar la rebelión, al transformar las conciencias, han sido fuerzas liberadoras; y las contribuciones de los movimientos individuales se han hecho aquí mayores con el tiempo, gracias a un mecanismo retroactivo de aprendizaje histórico.

Una vez que estos movimientos se han hecho con el poder político en las estructuras estatales, su comportamiento ha dejado más que desear, dado que las presiones sobre ellos para que cambien sus tendencias antisistémicas, tanto desde fuera como desde dentro de los movimientos, se han incrementado geométricamente. Sin embargo, esto no ha significado un balance totalmente negativo para este «reformismo» y este «revisionismo». Los movimientos en el poder han sido hasta cierto punto prisioneros políticos de su ideología y por consiguiente han estado sometidos a la presión organizada de los productores directos dentro del Estado revolucionario y de los movimientos antisistémicos fuera de ese Estado.

El peligro real se produce precisamente ahora, cuando el capitalismo histórico se aproxima a su más completo despliegue: la ulterior extensión de la mercantilización de todas las cosas, la creciente fuerza de la familia mundial de movimientos antisistémicos, la continuada racionalización del pensamiento humano. Este completo despliegue acelerará el hundimiento del sistema histórico, que ha prosperado porque su lógica hasta ahora sólo ha sido parcialmente realizada. Y precisamente cuando se esté hundiendo, y por esa razón el subirse al carro de las fuerzas de la transición pare-

cerá cada vez más atractivo y *por consiguiente* el resultado será cada vez menos cierto. La lucha por la libertad, la igualdad y la fraternidad es larga, camaradas, y el escenario de la lucha estará cada vez más dentro de la misma familia mundial de las fuerzas antisistémicas.

El comunismo es la Utopía, es decir, la nada. Es el avatar de todas nuestras escatologías religiosas: la llegada del Mesías, la segunda llegada de Cristo, el Nirvana. No es una perspectiva histórica, sino una mitología corriente. El socialismo, por el contrario, es un sistema histórico realizable que puede un día ser instituido en el mundo. No existe interés alguno por un «socialismo» que pretende ser un momento «temporal» de la transición hacia la Utopía. Sólo existe interés por un socialismo concretamente histórico, un socialismo que reúna el mínimo de características definitorias de un sistema histórico que maximiza la igualdad y la equidad, un socialismo que incremente el control de la humanidad sobre su propia vida (la democracia) y libere la imaginación.